

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el hacha del carnicero

KEITH LUGER



La campanilla del teléfono estaba sonando.

Lois Cherrill, camarera en el restaurante de la estación de servicio Miramar, entró en la cabina y atrapó el micro.

—¿Sí?

—Hola, monada, ¿te acuerdas de mí? —dijo una voz varonil.

—Si me dice su nombre, es posible que me acuerde.

Publicada por Editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo, con el número 118, en el año 1964.



Keith Luger

El hacha del carnicero

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1367

ePub r1.0

Lds 12.10.18

Título original: *El hacha del carnicero*

Keith Luger, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La campanilla del teléfono estaba sonando.

Lois Cherrill, camarera en el restaurante de la estación de servicio Miramar, entró en la cabina y atrapó el micro.

—¿Sí?

—Hola, monada, ¿te acuerdas de mí? —dijo una voz varonil.

—Si me dice su nombre, es posible que me acuerde.

—Me gustan las adivinanzas —rió el que estaba al otro lado del cable—. Soy el tipo que el sábado pasado te contó las pecas de la nariz. Cuarenta y dos.

—Eso es difícil, míster —contestó Lois—. No tengo una sola peca... La monada no soy yo, sino Virginia. Espere, amigo, ahora le paso la comunicación. —Salió de la cabina—. Eh, Virginia, es para ti.

Virginia Dix era una pelirroja de veintitrés años, rostro simpático, picaresco, ojos verdosos y cuarenta y dos pecas, más o menos, en la nariz y alrededores.

En aquel momento estaba sirviendo una hamburguesa y una botella de cerveza a un camionero robusto y muy chato.

—¿Quién llama Lois? —inquirió Virginia.

—El que te contó las pecas.

—¿Ese pesado?... Dile que me deje en paz.

Lois pasó a la cabina y habló por el micro:

—Eh, oiga, ella dice que la deje en paz.

—Espera un momento, muchacha. Virginia no me puede hacer a mí eso. Dile que he conseguido las dos entradas para el Jardín Exótico, y que tengo reservada una mesa con una botella de champaña. Todo por ella... Anda, dile que no puede hacer eso a Wilson

O'Brien.

Lois asomó esta vez la cabeza por la puerta de la cabina.

—Virginia, el tipo ha dicho que hizo una inversión a tu cuenta. Habló del Jardín Exótico. Quizá sea verdad y valdría la pena que aceptases... Cielos, llevo dos años trabajando aquí y no conseguí que nadie me llevase a ese lugar, y tú lo consigues a la primera semana.

La pelirroja Virginia parpadeó.

—Está bien, hablaré con ese tipo.

El camionero la tomó por un brazo.

—Eh, nena, si te molesta me lo dices.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser...? Para romperle la cara.

—Oh, no, no debe tratar así a sus semejantes... ¿Sabe una cosa?... Me sé defender muy bien. Con su permiso... —Cuidadosamente, apartó la mano del camionero de su brazo y entró en la cabina al tiempo que Lois salía y le pasaba el teléfono—. ¿Señor

O'Brien?

—Hola, ricura —rió el hombre—. ¿Me echaste mucho de menos?

—Muchísimo, desde luego... Oiga, ¿quién es usted?

—¿Vas a decir que no te acuerdas de mí? Soy

O'Brien,

nena, el tipo que te pagó los tres *whiskys*.

—Oh, de modo que es usted. Todavía no he despertado.

—Eso sí que no lo puedo creer. Infiernos, cuando intenté besarte armaste un escándalo de mil diablos. Te pusiste a gritar como no he oído en mi vida a otra mujer. Y llegó la policía. Me llevaron al cuartelillo, ¿sabes? Y pasé allí tres horas.

—¿Quiere decir que pasó eso y quiere invitarme?

—Bueno, nena, tú no tuviste la culpa. La verdad es que pegué a uno de los agentes...

—Pensé que no querría saber nada de mí.

—Eso es lo que yo también había imaginado —dijo

O'Brien

y lanzó una risotada—. Pero soy irlandés.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Somos tozudos. ¿No lo oíste decir?... Me resultaste simpática,

Virginia, y me prometí a mí mismo que lograría de ti el desquite.

—Lo siento, señor

O'Brien,

pero me cansé mucho durante el primer combate.

—Pasaré a buscarte mañana.

—¿Mañana?

—¿Crees que lo he olvidado? Es tu día libre.

—Lo siento, señor

O'Brien,

pero no puedo ir con usted.

—¿Qué es eso que no puedes venir conmigo? ¿Acaso te comprometiste? Si es así, juro que...

—No, señor

O'Brien,

no me comprometí con nadie. No se trata de eso, señor

O'Brien.

—Entonces está hecho, ricura. Iremos al Jardín Exótico. Cuesta seis noventa y cinco el cubierto y dan un solomillo que para hablar con el de enfrente hay que ponerse en pie. Buen chiste, ¿eh?...—

O'Brien

lanzó una carcajada. —No se te olvide, nena. Pasaré por ahí a las seis.

—Eh, espere, señor

O'Brien.

Pero

O'Brien

ya había colgado.

Virginia dio un suspiro, dejó el auricular en la horquilla y salió de la cabina.

—¿Cazaste al tipo? —dijo Lois, que pasaba por su lado con una bandeja llena de cervezas.

—No me dio tiempo a decirle que no.

—Lo suponía.

—Te equivocas, Lois. No iré con él.

—¿Y por qué no? —preguntó Lois deteniéndose en su camino.

—¿No te Jo dije, Lois? Trató de emborracharme. Es el mismo tipo del jaleo que te conté. —Bueno, ¿y qué? Todavía no he conocido a un hombre que no pretenda emborracharme. Los tomas

o los dejas— dio un suspiro. —Pero son tan interesantes...— ¿Qué es eso del Jardín Exótico?

—¿No lo sabes?

—Soy nueva, recuérdalo.

—Un lugar adonde va la gente con dinero.

—¿Y qué hacen?

¿Cómo qué hacen? Comen, bailan, se divierten...

—Una también puede comer, bailar, y divertirse en un local que cueste un dólar noventa y cinco el cubierto.

—Sí, querida, como aquí —dijo Lois y se marchó iniciando los compases del cha-cha-cha cuyas notas esparcía la máquina tocadiscos.

El camionero de la hamburguesa le hizo una señal a Virginia para que le llevase una cerveza, y la joven fue al mostrador.

Edmundo Janney, que atendía la barra, un tipo de frente y nariz arrugadas, hizo una mueca.

—Eh, nena, cuando se trabaja aquí, hay que olvidarse de la vida privada.

—No le comprendo.

—Di a tus amigos que te llamen después de las horas de trabajo.

—Sí, señor Janney. ¿Me da ahora una botella de cerveza?

Janney emitió un gruñido y le dio la botella.

El camionero sonrió cuando Virginia le sirvió la cerveza.

—Eh, ¿cómo quedaste con ese fulano?

—Aún no le di la respuesta —dijo Virginia porque era verdad.

No estaba muy segura que le conviniese visitar el Jardín Exótico en compañía del irlandés. Seguro que de nuevo intentaría emborracharla, aunque esta vez lo haría con champaña. Ella nunca se había emborrachado con champaña, pero había leído en una novela francesa que era un mareo divertido. Al menos, a la protagonista le ocurrían cosas muy graciosas.

—Oye, Virginia —dijo el camionero—. ¿Qué te parece si dejas a ese fulano y mañana vienes conmigo a la lechería de mi tía?

—¿La lechería de su tía?

—Tiene siete vacas y nueve terneros. Es un sitio magnífico, una casa con una pradera verde y un arroyo... Sólo tendremos que hacer un viaje de setenta millas.

—Demasiado para mí, señor Coogan.

—Soy un buen conductor y llegaremos allí en un abrir y cerrar de ojos. Estarás de vuelta antes de que se ponga el sol.

—Lo pensaré, señor Coogan —dijo Virginia y se dirigió hacia una mesa que había sido ocupada por dos hombres. Ambos vestían trajes oscuros.

—¿Van a comer? —preguntó Virginia.

Los dos hombres miraron a la joven. Uno tenía nariz afilada y ojos negros. El otro era carirredondo, de labios gruesos, por entre los que enseñaba dos dientes demasiado grandes, como paletas. Fue el primero el que habló:

—Te estuve buscando, nena.

Virginia, que había tomado el cuaderno y el lápiz para apuntar el pedido, miró con más atención al hombre que le decía aquello. Estaba segura de no recordarlo, pero había servido en tantos restaurantes durante los últimos dos años, que eso no tenía nada de particular. En casi todos había salido de la misma manera, después de una pelea originada por un cliente demasiado impulsivo.

—Tendrán que hacer el pedido ahora. La cocina se cierra dentro de quince minutos.

—Muy bonito —dijo el hombre de la nariz afilada—. Estás muy bien en tu papel, nena, casi lo haces a la perfección... La camarera de una estación de servicio... No está mal. Pero éste no es tu sitio, cariño.

—Estoy contenta aquí, señor.

—Oh, sí, claro, estás la mar de bien, seguro... Anda, tráenos un par de perros calientes y unas cervezas. Quiero ver cómo nos sirves. Pero cuidado con arrojarlos la cerveza sobre el pantalón.

—No se preocupe, no les mancharé.

—Gracias, cariño.

Virginia estaba acostumbrada a oír aquellas palabras, «monada», «cariño», «dulzura»...

¿Cuántos nombres le daban al final de cada jornada de trabajo?

Fue a la barra y Janney rezongó:

—Eh, ¿qué hablabas con ésos?

—Uno de ellos creo que me conoce.

—¿De dónde?

—¿Y yo qué sé...? Ve una tantas caras...

—Hay uno que no te quita ojos de encima.

—Sí, ya sé, Nariz Afilada.

—No eres lo que yo creí, Virginia.

—No le comprendo. ¿A qué se refiere?

—Comprometes demasiado a los clientes.

—¿Que yo comprometo...? Pero ¿qué dice, señor Janney? Me limito a cumplir con mi deber.

—Oh, sí, desde luego, pero debes de hacer algo para tenerlos como moscas.

—Yo no hago nada.

—Quizá sea cuestión de las caderas.

—¿Qué les pasa a mis caderas?

—Las mueves.

—Claro que las muevo. ¿Ha probado a andar sin moverlas?

—Está bien, está bien —se batió Janney en retirada.

Poco después, Virginia regresó a la mesa de los dos hombres.

Nariz Afilada se echó a reír mientras ella dejaba los platos con los perros calientes y las botellas de cerveza.

—Lo haces bien, pelirroja... A propósito, ¿cuándo te teñiste?

—Nunca me he teñido. El color de mi cabello es natural.

De la cara de Nariz Afilada desapareció todo humorismo. Su labio inferior colgó húmedo y se estremeció ligeramente, como una babosa.

—Escucha, nena. Ray y yo vamos a quedarnos aquí comiendo los perros calientes y tú, mientras tanto, harás tu maleta.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. La harás sin rechistar.

—¿Quiere decir que debo despedirme de mi patrón?

—Lo entendiste muy bien, cariño.

—Usted está loco. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Para venir con nosotros, con Ray y conmigo.

Oiga, desde luego debe de estar chiflado...

La joven fue a retirarse de la mesa, pero el llamado Ray, que hasta entonces había estado callado atrapó a la joven por la muñeca.

—Espera un momento, rojiza.

Virginia volvió la cabeza como si hubiese sido picada por un escorpión.

—¡Suélteme!

—Ten un poco de paciencia. Henry te está hablando. ¿No sería mejor que lo escuchases...?

—Oiga, no conozco a ninguno de los dos, y sólo les atenderé cuando necesiten algo con respecto al servicio.

—¿Quieres que te marque tu bonita cara?

—Atrévase.

La mano libre de Ray hizo un movimiento rápido y sonó un chasquido.

Virginia, asombrada, vio que entre los dedos de Ray había aparecido la hoja de un cuchillo.

Creyó que la sangre se le helaba en las venas.

—Ray, deja eso —dijo Nariz Afilada.

—Sólo le haré una caricia, Henry.

—Te he dicho que te estés quieto. No me gusta cuando te pones nervioso, lo sabes.

—Es culpa de ella.

—A callar, Ray, y tú, nena, sería mucho más conveniente que moderases tus modales. ¿Entendido?

La joven tragó saliva. Aquel Ray todavía no había guardado el cuchillo. En su mente se agolpaban las ideas. ¿Quiénes eran aquellos hombres?

Recordó la forma cómo algunos tratantes en blancas reclutaban a las chicas que luego utilizaban como mercancía. Sí, eso debía de ser, aquellos tipos se dedicaban al vil negocio y, con toda seguridad, habían reparado en ella como una futura víctima.

Creía que esas cosas sólo pasaban en los filmes o en las novelas y, sin embargo, le estaba ocurriendo a ella.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó a Nariz Afilada.

El hombre sonrió de nuevo, pero a Virginia no le gustó nada su sonrisa. Era fría. Cínica.

—Ya te lo he dicho. Vas a venir con nosotros. ¿Estamos de acuerdo? La joven tragó saliva.

—Sí.

Se había acordado del camionero. ¿Cómo se llamaba? Oh, sí, Coogan. Era un hombre fuerte. Lo era mucho más que aquellos dos tipos. Le pediría ayuda. Coogan la defendería.

Seguro que lo haría.

—Anda, nena, dile al patrón que de pronto has recordado que

debes ir al pueblo más próximo a esperar a tu tío Johnny.

—Sí, ahora mismo se lo diré.

—Así me gusta, nena. Tengo un lema, ¿sabes? ¿Por qué buscarse más complicaciones de las que la vida le da a uno? Sensato, ¿verdad? Sí, señor, muy sensato... Y no tengas miedo, no te va a pasar nada si eres una chica obediente. Y tú lo vas a ser, ¿verdad, monada?

La joven movió la cabeza de arriba abajo y se encaminó hacia la barra.

—¿Qué te pasa Virginia? —Preguntó Janney—. Estás muy pálida.

—Son esos dos hombres... Me quieren llevar con ellos.

—¿Policía?

—No creo que lo sean, señor Janney. Ellos no lo dijeron... Tiene usted que impedirlo.

—Te dije que no quería jaleos en el local. ¿Tienes una cuenta pendiente con ellos?

—Oh, no, le aseguro que no los conozco.

—Ya sabía que acabarías mal.

—¿Por qué dice eso? No he hecho nada, señor Janney.

—Está bien, lárgate.

—Pero si no me quiero ir.

—Te corresponden dieciséis dólares después de deducir el anticipo que te di el otro día.

—Le repito que quiero seguir trabajando aquí, señor Janney... Se me ocurre una idea.

—¿Sí?

—¿Por qué no llama a la policía y le dice lo que pasa?

—Muy bonito. Oye, entérate bien. No quiero saber nada de tus líos. Aquí tienes los dieciséis dólares.

Virginia tomó el dinero mordiéndose el labio inferior. Sentía deseos de arrojar el dinero a la cara de Janney. No le gustó su patrón desde un principio porque le pareció un hombre poco humano y ahora se demostraba que había acertado.

—Eh, chica, ¿qué te debo?

Era el camionero quien le hacía la pregunta.

Virginia se apartó del mostrador y fue rápidamente a la mesa.

Coogan tenía algunos billetes en la mano.

—Señor Coogan, quiero que me ayude. Aquellos dos hombres de la mesa del fondo me quieren raptar.

—¿Cómo? —dijo Coogan y se quedó con la boca abierta.

—Me quieren secuestrar, se lo aseguro, señor Coogan. Ellos mismos lo dijeron.

—Ya entiendo, uno de ellos es el irlandés que te quería invitar.

—No, señor, ninguno de ellos es el irlandés. Dijeron que debía prepararme para viajar en su compañía... Le aseguro que ignoraba que pasasen estas cosas, a pesar de que me contaron historias espeluznantes.

—Conque esos tipos te quieren llevar... Antes se las entenderán conmigo.

—Cuidado, tienen un cuchillo.

Coogan se levantó estirándose el pantalón.

—Le haré tragar el cuchillo al que lo saque.

Nariz Afilada y su amigo estaban despachando sus perros calientes cuándo el camionero Coogan se acercó a ellos.

Virginia se había quedado a una prudente distancia.

—Eh, ¿no les da vergüenza meterse con una mujer indefensa...?

Henry apartó el perro caliente de su boca.

—Eh, amigo, ¿qué dice?

—Ya lo oyó. Son un par de caraduras. Si tienen ganas de pasar un rato con una mujer, deberían asegurarse antes a quién eligen.

—Un «Superman», ¿eh? —dijo Henry y dobló la cabeza hacia Ray.

Ray se levantó de pronto. En la mano tenía el cuchillo.

El camionero le disparó el puño a la cara.

Sonó un chasquido y Ray se fue contra la pared.

Nariz Afilada lanzó un chillido y saltó sobre Coogan.

Lo que pasó después Virginia no lo olvidaría fácilmente. La mesa se derrumbó con platos, botellas y vasos, y también cayeron Coogan y Henry, golpeándose furiosamente. —Maldita sea— rugió Janney tras el mostrador—. Eso te lo debo a ti. ¡Lárgate inmediatamente!

La joven no necesitaba aquellas palabras para echar a correr. Era lo que estaba deseando, pero sus piernas se habían negado a moverse hasta entonces.

No supo cómo alcanzó la escalera y subió a la planta donde se ubicaban los dormitorios de las otras dos camareras y de ella. Entró

en su habitación y movióse como un autómatas, rellenando la maleta con sus prendas.

Oyó pasos por la escalera y se interrumpió, sintiendo el golpeteo de su corazón en el pecho. Pensó que Nariz Afilada y su compinche habían dejado fuera de combate al camionero e iban tras ella. Pero la puerta se abrió dando paso a su compañera Lois.

—¿Qué pasó, Virginia?

—Esos hombres me querían llevar con ellos...

—Demonios, pero ¿qué les das, Virginia...? Ya me podrías dictar la fórmula.

—Te la mandaré por carta desde algún lugar del planeta. Y ahora, adiós.

Virginia cerró la maleta y se dirigió con ella a la puerta.

Lois la detuvo.

—¿A dónde vas?

—Janney me despidió y fue una buena idea por parte suya porque lo habría hecho yo.

—¿A dónde vas, muchacha?

—No lo sé. A Los Angeles, a San Francisco, o a Alaska... Vine a California buscando el sol pero creo que me conviene mucho más el frío... —Pero, Virginia, tenías que salir con el del Jardín Exótico.

—Vendrá a por mí mañana; te lo regalo, y que te diviertas con el cubierto de seis noventa y cinco...

Virginia echó a correr como una exhalación. Quería ganar la escalera que daba acceso a su habitación. Pero antes de hacerlo, se detuvo.

El espectáculo era digno de verse. Aquel camionero sabía mover bien los brazos. Nariz Afilada estaba tendido en el suelo, apoyada la espalda en la pared, desvanecido. Su cara había sido maltratada. Pero el otro. Ray, continuaba peleando con el camionero. De un momento a otro, uno de ellos caería.

No podía esperar, por si el del cuchillo era el vencedor.

Virginia atrapó su maleta, salió por una puerta trasera y se fue hacia la carretera. Cada veinte minutos pasaba un autobús. Ahora habría de tener suerte en que el autobús apareciese cuanto antes.

En la parada vio a un hombre bajito.

El miró hacia el Miramar.

¿Qué pasa ahí dentro? Oí mucho jaleo...

Están celebrando una fiesta de cumpleaños.

—¿Tomó parte usted en ella?

—Oh, sí, desde luego... Fui la invitada de honor.

—Demonios —el hombre bajito se tocó el ala del sombrero y echó a andar hacia la estación de servicio.

—Eh, ¿a dónde va? —preguntó Virginia.

—A la fiesta. Quizá rae inviten a un *whisky* gratis.

—Yo en su lugar no lo haría.

Pero aquel hombre no le hizo ningún caso y continuó su camino.

Virginia lo vio entrar en el restaurante. Al segundo lo vio salir impulsado por una silla.

El hombre bajito rodó por el suelo lanzando aullidos.

Virginia exhaló el aire de sus pulmones al oír el ruido de un motor y comprobar que se trataba del autobús. Apenas se abrieron las puertas, se coló dentro y pidió un billete para la ciudad.

Cuando el coche se ponía en movimiento, la vidriera del restaurante saltó hechas añicos.

A Janney le sentaría muy mal todo aquello, pero, al menos, ella se había librado de sus dos perseguidores.

CAPÍTULO II

Virginia entró en aquel hotel de tercera categoría. Se llamaba Paradise.

El registro estaba atendido por un hombre de ojos saltones y cabello que le caía a mechones sobre la frente.

—Buenas noches. Quiero una habitación.

El otro la miró apreciativamente.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Es usted una de las nuevas chicas de Maurice Nagel?

—No conozco a nadie de ese nombre.

El hombre emitió un gruñido.

—Está bien, llene la hoja. Habitación número 8.

La joven se inscribió, tomó la llave y se fue por la excederá porque el hotel no tenía ascensor.

La habitación dejaba bastante que desear. El papel de las paredes caía a jirones y la palangana del lavabo estaba descascarillada.

Bueno, sólo pasaría aquella noche allí y al día siguiente emprendería el viaje a Chicago. Allí no le faltaría trabajo. Iría a casa de un primo segundo o tercero, no lo sabía bien. Sólo conocía su nombre, Willy. Tenía su dirección porque se la había dado un pariente cuando abandonó el pueblo. Antes de dirigirse al hotel, había entrado en un bar y despachado un par de *sándwiches* con un jarro de cerveza.

Se puso a desvestirse, y ya habíase sacado el vestido cuando se abrió la puerta.

Eso le extrañó mucho a Virginia porque había pasado la llave.

En el umbral había un hombre alto, fornido.

—Eh, ¿qué hace ahí? Se equivocó de puerta.

El hombre alto sonrió con la boca doblada.

—James tenía razón. No te vi nunca antes de ahora.

—No comprendo de qué me habla.

—James es el del registro y yo soy Maurice Nagel.

—Oh, sí, creo que lo nombró a usted. Y ahora, váyase.

Virginia se había puesto el vestido por delante, para cubrirse el escote.

Pero Maurice Nagel dio un paso en el interior del cuarto y cerró la puerta tras de sí.

—Eh, oiga, ¿es que no me oyó? —dijo Virginia—. Tomó la dirección equivocada. El corredor está a la otra parte.

—Un poco de calma, muchacha.

—No puedo tener calma con los tipos aprovechados.

—Quizá seas la que saque provecho de esta entrevista, Virginia. Leí tu nombre en el registro.

La joven se sentía más airada por momentos.

—Oiga, señor Nagel, no quiero hablar con usted. Salga ahora mismo o empiezo a gritar. Deja que te haga la oferta.

¿La oferta?

—Tengo un club nocturno tres casas más arriba, el Candilejas. Treinta chicas trabajan para mí. Yo las elijo.

—Enhorabuena. No me interesa.

—Eres lista. Sabes lo que iba a decir ahora. Quiero contratarte.

—¿Y qué debo hacer?

—Bailar.

—Sólo bailo por diversión de modo que pierde su tiempo.

—Apuesto a que nunca te han pagado veinte dólares por bailar un par de piezas. Virginia se quedó con la boca abierta. Efectivamente, nunca le habían pagado veinte dólares por bailar.

—¿Qué clase de baile?

—¿Por qué tanta pregunta? El sueldo es bueno. ¿No te parece?

—Sí, lo es. Pero ¿qué hay que hacer, además de bailar?

—Sólo eso. La orquesta interpreta un bonito ritmo y tú te mueves al compás. Y ahora, recoge tus cosas... Ya basta de preguntas.

—Eh, ni siquiera me ha preguntado si sé bailar.

—Se supone que una chica con veintidós o veintitrés años sabe

hacerlo. ¿O es que me vas a decir que eres una retrasada mental?

—No, señor Nagel. Estoy bien de la cabeza.

—Pues entonces, andando.

Virginia había pensado rápidamente. Tenía poco dinero, pero con lo que le diese Maurice Nagel aquella noche, podría llegar a Chicago y hasta resistir un par de días en la ciudad de los mataderos sin necesidad de recurrir a su primo segundo o tercero.

—Está bien, salga al corredor, enseguida estoy con usted.

—Así se habla, nena —dijo Maurice, y salió.

Virginia se volvió a meter en el vestido y se arregló ante el espejo. Al cabo de un rato, fue al corredor y cerró la puerta con llave.

Maurice Nagel sonrió.

—Creo que he hecho una buena adquisición.

Bajaron lo escalera y Nagel arrojó una bola de billetes al del registro.

—Ahí tienes tus tres dólares, James. Los ganaste bien.

—Gracias, señor Nagel, ya sabe que estoy a sus órdenes.

Salieron del hotel y Maurice pretendió tomar a la joven del brazo, pero ella se escurrió hábilmente.

Virginia vio el anuncio de luces de neón del club Candilejas.

Entraron por una pequeña puerta.

Un hombre se levantó de una silla y saludó al señor Nagel.

A uno y otro lado del corredor había puertas. Algunas estaban abiertas.

Virginia vio por el hueco mujeres con vestido brillantes que se maquillaban ante el tocador.

Nagel abrió una puerta.

—Encontrarás tres o cuatro vestidos en el armario. Ponte el que mejor te venga. Pero no te olvides de la ropa interior. La encontrarás en el segundo cajón. Date prisa.

Actuarás dentro de diez minutos.

—¿Delante del público?

—Sí —contestó Nagel, y agregó con sorna—: Esta noche no vino el presidente, aunque quizá haya algún senador camuflado. Esos tipos saben dónde encontrar la diversión.

—Pero si no he ensayado.

—Eso tampoco es obstáculo. Oye, Virginia, lo importante es la

cara y lo demás, y tú tienes mucho. ¿Entendido?

Antes de que Virginia pudiese responder, Nagel cerró la puerta.

Virginia inspiró profundamente. Tenía la impresión de que se había metido en un buen lío. Ahora hubiese renunciado a los veinte dólares que Nagel le había prometido por los dos bailes.

Bueno, el camino estaba libre. Saldría de allí y el señor Nagel ni se daría cuenta.

Fue a abrir la puerta, pero en ese momento entró una rubia con muchas curvas, que se cubría con un vestido de lamé de oro.

—Hola, rica, ¿quién eres tú? —dijo la rubia, con aire indolente y dirigiéndose al tocador.

—Virginia Dix.

—Alice Nissen. No te vi antes. ¿Es tu primer día?

—Sí, señora.

—Eh, ¿qué es eso de señora? ¿O ya te enteraste de que tengo un hijo? Pero no te preocupes, soy señorita.

—Perdón, señorita Nissen.

La joven la miró de soslayo.

—¿Es ése número?

—¿Cómo?

—Quiero decir si vas a interpretar el número de la nena bien educada que fue a Harvard y de pronto demuestra lo que es.

—Oh, no, yo sólo vengo a bailar.

—Una competidora, ¿eh?

—¿Usted también baila?

—Oye, nena, tutéame, ¿quieres? Alice a secas.

Alice se quitó las pestañas de un ojo.

—Caramba —dijo Virginia—. Es postizo.

Alice la miró con el ceño fruncido.

—Oye, Virginia, ¿quién te trajo aquí?

—Maurice Nagel.

—No me digas que te sacó esta misma noche del orfelinato.

—Oh, no, Alice. Me sacó del hotel Paradise.

—¿Y qué hacías allí?

—Pasaba la noche antes de tomar el tren para Chicago.

Alice sacudió la cabeza.

—¿Y qué hiciste antes?

—Trabajé como camarera.

—¿Nada más?

—Bueno, atendí la granja de mi tía desde que era niña, pero me cansé un día y me marché de allí.

—A correr aventuras, ¿eh?

—Nick Riordan, el herrero, me decía que en el pueblo no adelantaría nada, que yo no era chica para allí y que algún día me casaría con un fornido labriego y me pondría a tener hijos...

—¿Cuántos?

—Trece o catorce, como es costumbre. Es lo que Nick decía: «Virginia, te pondrás a engordar y engordar y a traer hijos al mundo y no tendrás tiempo ni para sonarte».

—Y tú quisiste sonarte. ¿Sabes lo que te digo, Virginia? Que si yo estuviese en tu lugar, regresaría a mi pueblo, aunque tuviese que comprarme tres cajas de pañuelos.

—Tú quieres decir que no debo salir a bailar.

—No, es mejor que no lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque hay cuervos que están buscando una paloma.

—Pero necesito esos veinte dólares.

—¿Te basta con cinco? Es lo único que te puedo prestar.

—Oh, no los aceptaría.

—Si tienes bastante, son tuyos.

—Eres muy amable, Alice, pero necesito los veinte dólares.

Alice dio un suspiro.

—Está bien, pero tengo que decirte algo con respecto a lo que vas a hacer en ese escenario.

—Sólo tengo que bailar.

—Sí, pero de una manera muy especial... *Strip-tease*.

—¿*Strip-tease*?

—¿Me vas a decir que no sabes lo que es?

—Claro que lo sé. Una chica sale a un escenario y se pone a... a desvestirse. —Bravo por Virginia. Ya salió de la granja y es una mujercita.

—No haré tal cosa.

—¿De veras no estás dispuesta a hacer *strip-tease*?

—Claro que no. ¿Quién se ha creído ese Nagel que soy yo?

—Una paloma.

—De modo que... él es el cuervo.

—El del pico más largo, y el más hambriento, agregaría yo.

—Gracias por todo, Alice. Tuve mucho gusto en conocerte.

—¿Dónde vas?

—Al hotel.

—Espera —dijo Alice.

—He dicho que renuncio.

—Me temo que Nagel no se conformará con tu renuncia. Cuando alguien acepta un compromiso con él, ha de cumplirlo.

—No firmé nada.

—Lo mismo que yo. Con Nagel no se firma nada y es como si lo hubieses hecho con sangre.

—Saldré de aquí y buscaré a un policía.

—Me temo que serviría de poco. Nagel tiene hombres que le sirven sin pestañear.

Hombres que son especialistas en dar escarmientos. —La joven hizo una pausa—.

Virginia, creo que tienes que aprender mucho de la vida.

—No me gusta esta clase de aprendizaje, y no lo voy a soportar.

—No lo decía en ese sentido. En fin, ahora hemos de arreglarlo.

—¿Qué hemos de arreglar?—. Tu *strip-tease*.

—He dicho que no lo haré.

—Claro que no lo harás, al menos como lo quiere el Cuervo.

—¿Qué quieres decir?

—Espera un momento y lo sabrás.

Alice se acercó al armario y sacó una maleta.

—Es todo mi equipaje —dijo—. En otra época tuve tres baúles, pero cierto tipo se los llevó cuando me dejó plantada en una estación ferroviaria perdida en las montañas.

Abrió la maleta y sacó dos bañadores. Desechó enseguida uno.

—Quizá éste te venga a la medida.

Era un bañador de una sola pieza, con lunares verdes y amarillos sobre un fondo blanco.

—¿Para qué quiero yo un bañador? —preguntó Virginia.

—Para que el público sólo te vea en parte y tenga que imaginar lo otro.

—Ya entiendo. Me pongo el bañador y encima lo demás.

—Eso es, y mientras bailas, te vas quitando lo demás hasta quedar en bañador.

—¿Crees que eso conformará a Nagel?

—Quizá no, pero ganarás el primer *round* y la mitad de los veinte dólares. Anda, prepárate, ahí tienes el biombo. Si me permites, te elegiré el vestido.

—Desde luego, Alice.

Virginia se colocó tras el biombo y cambió su vestido por el bañador. Salió con éste puesto, y Alice dijo, sonriente:

—Nagel nunca se equivoca. Tienes una bonita figura. A veces me pregunto si ese Cuervo no llevará consigo un aparato de radar.

—¿Elegiste vestido?

—Sí, este negro te sentará bien. Y también tienes los guantes y la combinación.

La joven tomó todo lo que le daba y se lo puso.

Cuando hubo terminado, Alice le pasó tres botones de la espalda.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? Mientras bailas te quitas un guante, el derecho. Luego, el izquierdo. Sigues bailando y te desparas los botones. Luego, con mucho cuidado, te sacas el vestido por los pies... Ah, se me olvidaba en otros sitios se arrojan las prendas sobre los espectadores, pero Nagel no quiere que se haga eso porque tendría que reponer el vestuario... Menudo avaro es. ¿Lo has entendido?

—Sí, Alice.

—Ah, otra cosa. Si algún espectador sube al escenario, le pegas con el zapato en la boca.

No puedo hacer eso, lo dejaría sin dientes.

Es tu método de defensa antes de que él te deje los dientes marcados a ti.

—Pero ¿qué clase de local es éste?

—Nena, tu error viene de lejos. Quiero decir, que lo cometiste al hospedarte en el hotel Paradise.

—¿Por qué?

—¿No lo imaginas? Está bien yo te lo diré, Sólo van allí mujeres un poco ligeras de cascos. Puedes deducir lo demás. Te tomaron el número equivocado.

—Creo que empiezo a comprender.

—Por eso Nagel te ha contratado sin detenerse a pensar más. Toda mujer que se hospeda en el Paradise se supone que conoce los

secretos de la picaresca.

—A la próxima vez pediré informes.

Se abrió la puerta sin que nadie llamase. Era Maurice Nagel.

Alice puso un brazo en jarras.

—¿Por qué, para variar, no se le ocurre llamar alguna vez, señor Nagel?

—Calla la boca, rubia —contestó Nagel, que miraba asombrado a Virginia.

—Cierre el buzón, jefe —dijo Virginia— o atraparé una mosca.

Nagel entornó los ojos.

—Estás muy bien así, Virginia. Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no es eso?

—Claro que lo sabe —contestó Alice por Virginia.

—Procura hacerlo bien, nena, y es posible que dentro de poco pases de los veinte dólares por función. Soy generoso, ¿verdad?

—Como un escocés a la hora de pagar impuestos —contestó Alice.

—Deja de hacerte la graciosa, nena, o tendrás que visitar el odontólogo... Vamos, Virginia, llegó tu turno.

—Deséame suerte, Alice —dijo Virginia.

—La tendrás si te mantienes alejada del señor Nagel.

Maurice ya salía y se volvió para dirigir una aviesa mirada a la rubia.

Nagel habló a Virginia mientras iban por el corredor, hacia el escenario.

—La orquesta interpretará para ti un número afrocubano. Su título es: *Tengo pastelitos calientes recién sacados del horno*. ¿Conoces la letra?

—No, señor.

—Da igual. Los mismos de la orquesta te dirán «Hay pastelitos, hay pastelitos». Cada vez que digan eso, tú te mueves.

—¿Hacia qué lado?

—¿Cómo hacia qué lado? Hacia el que mejor te pille, pero todo ha de ser cimbreado y con el ritmo que hay que tener.

—Oiga, señor Nagel: ¿qué le parece si lo dejamos?

—¿Qué es lo que hemos de dejar?

—Podría hacer otra el numerito.

Nagel le pegó una palmada en la espalda que lanzó a Virginia

sobre un telón.

—Tiene gracia eso, mucha gracia.

A Virginia le escoció el palmetazo y apretó los dientes tratando de sonreír.

—Sí, señor Nagel, tiene mucha gracia...

De pronto, se quedó sobrecogida porque de la sala brotó una especie de rugido.

—¡Señor Nagel, un incendio!

—¿Es posible?

—Sálvese quien pueda.

Virginia echó a correr con ánimo de llegar al corredor, pero Maurice estaba delante y la paró de golpe.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—Hay un incendio.

—Sí, el que está provocando *Mary Caderas* en el escenario.

—¿*Mary Caderas*?

—La artista que te precede.

En aquel momento sonó una atronadora ovación acompañada de silbidos que herían el tímpano.

Una mujer llegó desde el escenario. Se cubría con un bañador de dos piezas, pero enseguida alguien le ofreció un batín, que se puso mientras sonreía a Nagel.

—¿Qué tal, patrón?

—De primera —dijo Maurice, y le pegó una palmada en el anca.

La orquesta atacó el ritmo afrocubano y se oyeron voces. «Hay pastelitos, hay pastelitos».

—Vamos, Virginia.

—Señor Nagel, tengo miedo.

—¿Cómo?

—¿No oye el crujido de mis rótulas?

—No me vengas con ésas, muñeca.

—Le juro que me siento debilucha. Es que no comí casi nada.

—Ya comerás después. Pollo con champaña... en mi oficina.

—¿Qué le parece si nos vamos ahora y despachamos el menú?

—Cada cosa a su tiempo, muñeca. Hala, al escenario.

Nagel la empujó y no lo hizo con suavidad.

Ella dio un traspié e irrumpió en el escenario, cayéndose.

El público que llenaba el local rompió a reír estruendosamente.

La joven sopló el cabello que le había caído sobre un ojo y miró asustada a los espectadores.

Éstos creyeron que se trataba de un número cómico y se pusieron a batir palmas y a reír. Algunos miembros de la orquesta empezaron a ponerse nerviosos porque la chica sólo hacía que ir de un lado a otro.

—«Hay pastelitos, hay pastelitos» —decía el de la batería, un tipo con cara de loco. Virginia empezó a bailar, pero lo hacía muy mal porque todavía no había perdido el miedo.

—¡Quiero un pastelito! —gritó un tipo gordo que había bebido lo suyo, y se acercó al escenario.

La joven retrocedió pegando un salto.

Los espectadores rieron a mandíbula batiente.

Virginia empezó a quitarse un guante, pero como estaba sudando, la pieza se adhirió a su piel.

Dio un tirón fuerte y el guante se rasgó.

Las carcajadas atronaron el local.

Virginia no sabía qué hacer con el trozo de guante que se le había quedado en la mano. Pero enseguida encontró una aplicación. Se lo arrojó al gordo que trataba de ganar el escenario.

La pieza quedó arrollada sobre los ojos del gordo, el cual se derrumbó al poner el pie en el vacío.

Virginia encontró un medio adecuado para quitarse el segundo guante. Atrapó el extremo con el zapato y dio un tirón fuerte.

Lo hizo con tanta fuerza que estuvo a punto de caer hacia atrás.

Nagel, su administrador y tres artistas, reían atrapándose los riñones.

La única que no reía era Alice, que estaba pálida como una muerta.

Le llegó el turno a los botones.

Virginia empezó a darse vueltas porque no podía despasarlos.

Se detenía, se agachaba, pero todo era inútil.

—Ven aquí, nena, yo te ayudaré —dijo el borracho.

Virginia lo miró con ojos temerosos, pero finalmente fue hacia él y se agachó para que la desabotonase.

El borracho, de un solo zarpazo, hizo saltar los tres botones y Virginia escapó a gatas de su benefactor, quien, al dar en vacío el segundo zarpazo, estrelló la cara contra el tablado.

—«Hay pastelitos, hay pastelitos» —gritaba el de la batería, más loco que nunca.

Virginia emprendió ahora una lucha para quitarse el vestido.

Trató de quitárselo por la cabeza, pero recordó el consejo de Alice de hacerlo por los pies.

Sin embargo, en su forcejeo, se acercó otra vez al gordito que le había despasado los botones.

La joven fue descubriendo su bañador.

El público prorrumpió en silbidos, aplausos.

El gordito hizo un nuevo intento por atrapar a la joven.

Estuvo a punto de conseguirlo, y Virginia quiso correr cuando tenía el vestido por los tobillos.

Perdió el equilibrio y cayó sobre las manos.

Entonces, utilizando los pies, vuelta hacia el público, echó el vestido hacia la sala. Los componentes de la orquesta, deshechos, cantaron con voz moribunda el último *Hay pastelitos*.

El local pareció convertirse en una jaula de locos. Las palmas echaban humo y eran tantos los silbidos que daba la impresión de que allí se había metido un coche de la policía.

La joven saludó a un lado y a otro y corrió hacia donde estaban Nagel y los demás.

—Maravilloso, nena. Has estado estupenda. Con un número tienes bastante. Te ganaste los veinte dólares. Mañana lo repetirás.

—Mañana lo va a hacer su abuela.

—Ya entiendo, ¿quieres más, eh? Pero cuidado, no pidas demasiado. A Nagel no se la juega nadie.

Alice la cubrió con un batín.

—Jefe, si usted me lo permite, yo hablaré con Virginia luego. —Ahora— dijo Nagel. —¿No ve que está sudada? ¿O es que quiere que pesque una pulmonía? Si es así, usted será el que pierda, porque se quedará sin su gallina de los huevos de oro.

—Está bien, puedes irte ahora, Virginia, pero dentro de quince minutos te espero en mi oficina... Ya sabes, pollo y champaña.

Virginia le enseñó los dientes.

—¿Cómo lo podría olvidar, señor Cuervo, quise decir, señor patrón?

La rubia se llevó a Virginia por el corredor.

Entraron en el camerino y Virginia dijo, parpadeante:

—¿Cómo estuve?

—Tendría que haberte visto un productor de Hollywood.

—Eres una exagerada.

—Yo no habría dado un centavo por el futuro de Shirley McLaine.

—Me convertí en agua, Alice. ¿No habrá por ahí algo que beber?

—Te traeré un refresco.

—Eres muy amable. Mientras, me vestiré.

—Tú y yo tenemos que hablar mucho, Virginia. No me gustó lo que vi en los ojos de Nagel.

La rubia salió del camerino en busca del refresco y Virginia se puso tras el biombo y se cambió, volviéndose a poner el vestido que traía cuando llegó allí.

Todavía estaba tras el biombo cuando se abrió la puerta.

—Dame ese refresco, Alice.

—Enseguida, nena.

La joven dio un gritito porque la voz no correspondía a la de Alice.

Asomó la cabeza por un lado del biombo y dio otro grito.

Allí estaban los dos hombres. Henry *Nariz afilada* y Ray, el grandullón del cuchillo de resorte.

CAPÍTULO III

Henry tenía un ojo cerrado y un esparadrapo sobre la ceja izquierda y Ray exhibía un carrillo muy hinchado.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —exclamó Virginia.

—Yo te lo diré, nena —contestó Henry—. No puedo vivir sin ti.

—Váyanse los dos al infierno.

—¿Creíste que ibas a escapar de nosotros, muñeca?

—Oigan, ustedes no saben dónde se han metido.

—¿No?

—Esto es un tugurio.

—No me digas.

—Un club nocturno regido por un hombre terrible. Su nombre es Maurice Nagel y manda sobre muchos hombres. Como se entere de que están ustedes aquí, mandará que los arrojen sin contemplaciones.

—Pero él no se va a enterar de que estamos aquí, ¿verdad, cariño? Porque si levantas un poquito la voz, te vamos a apretar el cuello. Ray te tiene ganas. Se enfadó mucho después de la faena que nos hiciste en la estación de servicio.

Virginia se dijo que debía ganar un poco de tiempo.

—¿Cómo dieron conmigo?

—Nos limitamos a seguirte. Imaginamos que al menos pasarías la noche en esta ciudad. Nos pusimos a llamar a los hoteles por teléfono dando tu descripción, hasta que dimos en el clavo. Luego, ese James nos dijo adonde habías venido a parar. ¿Crees que eso le va a gustar a Crawford?

Virginia no sabía quién era Crawford. Todo aquello resultaba un lío tremendo. Pero estaba demasiado nerviosa para pensar en algo más que escapar de aquellos hombres.

Miraba la puerta, pero Alice no llegaba.

—Oigan, ¿qué fue del camionero que peleó con ustedes?

—Ray le propinó un buen escarmiento.

—Dios mío, le rompieron la cabeza.

—No, sólo lo dejó sin sentido, pero durante unos días tendrá un buen chichón y eso le hará recordar que en el futuro no debe meterse donde no lo llaman. Y vamos de una vez, ¿o es que quieres que te llevemos a rastras?

—Sí, ahora voy.

—Vamos, nena, nuestra paciencia tiene un límite.

Ray abrió la puerta.

—¡Fuera! —dijo con voz amenazadora.

En aquel momento llegó Alice con el refresco.

—Eh, Virginia —dijo—. ¿Ya tienes admiradores?

—Y no sabes tú de qué categoría... Te los voy a presentar, querida. Ése es Henry, y este otro Ray, alias *el Destripador*.

—Qué gracia, como Jack...

—Eh, vosotras, ¿de qué habláis? —Gruñó Henry—. Apártate, rubia.

—¿Para qué?

—Tu amiga, la muñeca, se viene con nosotros.

—¿Adónde?

—No es cosa tuya.

—Disculpen, pero no puede marcharse —repuso Alice, a quien toda aquella escena tenía bastante perpleja—. La invité a cenar.

—Guárdate la invitación para otro año. Y un consejo, rubia. Cierra el pico. Ya sabes el proverbio, ¿o necesitas que te lo recuerde?

—Oh, no, yo sé todos los proverbios.

—Bravo, nena, hasta la vista.

—¿Adónde la llevan?

—A su punto de partida.

Habló Virginia:

—Yo prefería estar más rato en esta ciudad.

—Ya se acabaron los chistes —intervino Ray, y sacó su famoso cuchillo.

Alice dio unas palmadas en el brazo de Virginia.

—No tienes que preocuparte. Estoy segura de que estos dos

caballeros sabrán cuidar de ti.

La estaba invitando con la mirada para que obedeciese porque sabía lo que un hombre podía hacer con un cuchillo.

Virginia comprendió entonces dos cosas. No debía oponerse a los deseos de aquellos dos hombres o algo muy malo les pasaría a ella y a Alice. No podía consentir eso, ya que Alice se había comportado tan bien.

La segunda conclusión era que aquellos sujetos la estaban confundiendo con otra persona.

Entonces salió con los dos hombres del camerino.

* * *

Virginia viajaba en el asiento trasero al lado de Henry. Ray *el Destripador* conducía el automóvil.

Habían salido de la ciudad y corrían ahora por la autopista en dirección Oeste.

—¿Adónde vamos? —Rompió el silencio Virginia por primera vez desde que abandonó el club Candilejas.

—Cerca de Los Angeles, Glenda.

—Eso pilla muy lejos.

—Llevarnos un buen coche —y Ray es un gran conductor. Llegaremos al amanecer.

La joven se mordió el labio inferior. Había llegado la hora de decirlo.

—Tengo que darle una mala noticia, Henry.

—¿Se murió tu perrito?

—No, Henry, no es eso. Tenso la impresión de que me han tomado por otra persona.

—¿De veras?

—Yo no soy Glenda.

—Vaya —dijo Henry, con aire cansado.

—Le aseguro que le digo la verdad. Mi nombre es Virginia Dix.

—Tanto gusto, Virginia —repuso Henry, con sorna.

—Nací en un pueblo de Kentucky.

—Oh, sí, y en los tres primeros años tuviste el sarampión. —No, fue a los siete. No conocí a mis padres. Se murieron.

—Todos nos hemos de morir, muñeca.

—Y asómbrese, nunca he pisado Los Angeles.

Henry hizo una mueca.

—¿Qué pretendes con todo eso?

—Demostrarles que se equivocaron de mujer.

—No nos equivocamos.

—Creo que les puedo dar una buena argumentación para justificar su error. —No me digas.

—Creo que me debo de parecer mucho a la mujer que ustedes buscan, a esa Glenda.

—¿Oyes a la preciosidad, Ray?

—Sí, no me pierdo una sola palabra. Y si yo estuviese en tu lugar, le callaría la boca. —Ya has oído a Ray, nena. Se acabaron las discusiones. Además, quiero dormir desde hace rato.

—Pues duerma —dijo Virginia, pensando que si dormía tendría una posibilidad de escapar.

Henry lanzó un bostezo.

—Sí, nena, voy a echar una cabezada y creo que tú debes hacer lo mismo. Dicen que el sueño conserva la belleza de las mujeres bonitas.

Virginia rió para confiar a los dos hombres.

—Tiene razón, Henry. Quiero estar muy mona para cuando llegue.

Henry sacó unas esposas del bolsillo. Se puso una de las argollas y fue a tomar la mano de Virginia.

—Eh, ¿qué hace?

—Oye, nena, ya nos la pegaste una vez, pero no volverá a ocurrir.

—¿Son acaso de la policía?

—Tú sabes bien que no somos de la policía, pero recibimos una orden. Hemos de llevarte a cierto lugar y Ray y yo no vamos a fallar.

Sonó un chasquido metálico y la muñeca de Virginia quedó atrapada por el otro cepo. La joven hizo rechinar los dientes.

—Bandidos.

Henry apoyó la cabeza en el respaldo y echóse el sombrero sobre la cara.

—Dulces sueños, nena —dijo.

Virginia se sintió desconsolada. No, nada podía hacer. Viajaba

hacia Las Angeles y con una personalidad que no era la suya. Pero ¿quién era aquella Glenda?

Henry empezó a roncar al cabo de dos minutos.

—Ray —dijo Virginia.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Por qué no duermes como Henry?

—Estoy un poco nerviosa.

—Temes a Crawford, ¿eh?

Ahora debía ser un poco astuta si quería conocer lo que podría pasarle.

—¿Crees que no tengo motivos para tener miedo?

—Fuiste una estúpida al separarte de Crawford de aquella manera.

—Lo siento.

—Oh, claro, ahora lo sientes. Pero eres una desagradecida, después de lo que Crawford hizo por ti.

—Yo diría que no mucho.

—Se te quitarán las ganas de hacer chistes cuando estés delante de Crawford.

—¿Qué quiere hacer conmigo? —preguntó Virginia, sintiendo una creciente preocupación.

—No lo sé, aunque si yo estuviese en su lugar sí lo sabría.

—¿Qué harías conmigo si estuvieses en lugar de Crawford, Ray?

Cuchillo de Resorte ladeó ligeramente la cabeza y Virginia vio en sus labios una mueca.

—Te rebanaría el cuello.

—Lo dices de broma, ¿verdad?

—Pero quizá Crawford también haya pensado en eso, rebanarte el cuello.

—Se convertiría en un asesino.

—Lo que tú has hecho con Crawford es bastante para que uno se manche las manos de sangre.

—Ray, ¿puedo decirte una cosa ahora que Henry duerme?

—Oh, sí, vas a decir que estás enamorada de mí, que tú y yo podemos huir, que te quite las esposas, que arroje a Henry por la portezuela...

Virginia iba a repetir su historia de que no era la Glenda que andaban buscando, pero se dijo que de nada serviría.

Por otra parte, también ella estaba cansada. Era una prisionera y

nada podía hacer por librarse de aquellas esposas. Nada. Y en vista de eso, se durmió.

* * *

—Eh, nena, despierta, ya llegamos.

Virginia había tenido una pesadilla. Miles de hombres la perseguían por una calle que a ambos lados ofrecía el mismo aspecto, unos altos muros. No había casas por ninguna parte y los miles de hombres la seguían, gritando: «¡Es Glenda, atrápenla!». Y ella corría y gritaba: «¡No soy Glenda, sino Virginia Dix! ¡No tengo nada que ver con Glenda!».

Pero ellos la seguían, corriendo y gritando. Lo curioso era que cada hombre de aquel millar llevaba unas esposas en la mano, y en su carrera producían un ensordecedor alboroto de grilletes.

Estaba amaneciendo.

Henry fumaba un cigarrillo.

Virginia miró por la portezuela. El auto se había detenido ante un portón. Había una placa metálica al lado de la puerta:

«Sanatorio de enfermos mentales del doctor Crawford».

Eso acabó de despertar a Virginia.

—¡Eh! ¿Adónde me llevan?

—Al lugar de donde saliste.

—No estoy loca.

—¿Quién dice que lo estás?

—Pero este lugar...

—Vamos, nena, lo conoces tan bien como nosotros.

—Les repito que cometieron un error al atraparme... No soy la persona que ustedes creen.

Henry dio una chupada al cigarrillo y dijo, mientras soltaba un chorro de humo:

—¿Por qué no dejas ya esa monserga?

Sí, Henry tenía razón. De nada le iba a servir.

El auto conducido por Ray se introdujo en el sanatorio y corrió por un camino bien asfaltado.

Virginia vio un jardín con muchas flores, setos, árboles. Al fondo

estaba el edificio. Era de moderna construcción.

Pero se trataba de una casa de locos, su destino.

Henry golpeó una llave sobre las esposas.

—Nena, te voy a soltar.

—Eres muy amable.

—Quiero que te comportes bien. Iremos derechos a la oficina de Crawford, y con eso, nuestro trabajo habrá terminado.

—¿Y qué pasará luego, Henry?

—Pregúntale al doctor Crawford.

Henry abrió las esposas, pero cuando bajaron del coche tomó a la joven por el brazo.

Subieron la escalera y entraron en el edificio.

Una enfermera con cara caballuna les salió al encuentro. Miró a la joven y dijo con mucha sorna:

—¿Dónde estuviste, Glenda?

—Por ahí —contestó Virginia, porque no sabía qué contestar.

—Te echamos mucho de menos.

La enfermera con cara caballuna los precedió en el camino al ascensor y subieron a la tercera planta. Entonces la enfermera dijo:

—El doctor Crawford ordenó que se le avisase si regresabas, Glenda. No puede vivir sin ti. Muchachos pásenla a la oficina del director.

A aquellas horas, en la oficina del director no había nadie.

Henry, Ray y Virginia cruzaron una pequeña sala y entraron en un despacho modernamente amueblado.

Henry empujó a la joven hacia un sillón.

—Siéntate ahí, nena.

—Quiero estar de pie.

—He dicho que te sientes.

Virginia dio un gruñido, pero se sentó.

Ray se puso a leer los lomos de los libros que había en la biblioteca. Lo hizo en voz alta:

—*La herencia de la locura, Perturbaciones mentales de las mujeres casadas, Psicosis de angustia...* Eh, muchacho, esto está como para pasar aquí unas vacaciones y dedicarse a la lectura de estos libritos.

—Prefiero las revistas de chicas en bañador.

Virginia, al oír esto, recordó su actuación en el Candilejas. Demonios, había pasado de un teatro, en donde un centenar de

personas aplaudían como locos, a un establecimiento de auténticos perturbados mentales.

Oyó un ruido a su espalda y volvió la cabeza.

Vio entrar a un hombre de unos cuarenta y cinco años, mediana estatura, casi calvo y que defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

—Hola, Glenda.

—¿Cómo estás? —dijo Virginia con un balbuceo.

—Muy preocupado por ti... ¿Dónde la encontraron, muchachos?

—No lo creería, doctor —respondió Henry.

—Estoy dispuesto a creerlo todo. Habla.

—En un teatro de mala muerte.

—¿Qué hacía allí?

—*Strip-tease*.

—¿Cómo?

—Sí, doctor. Su mujercita estaba dando una exhibición a los espectadores.

Virginia dio un respingo al oír aquello. Henry había dicho «su mujercita». Así pues, ella era la esposa del doctor... Oh, no estaba dispuesta a consentirlo. Jamás le habían gustado los tipos de ojos saltones.

—Doctor Crawford, he de reparar un error inmediatamente.

—¿Qué error, querida?

—Yo no soy su esposa.

—Comprendo.

—Le juro que no.

—Estás un poco agotada, querida, pero no te preocupes. A partir de ahora, yo cuidaré de ti.

—No quiero que nadie cuide de mí. ¡No soy Glenda!

Henry dio un suspiro.

—Doctor, eso que afirma es un disco un poco gastado. Nos dijo unas cuantas veces por el camino que ella no era Glenda.

Ray intervino:

—Antes de encontrarla en el teatro la descubrimos en una estación de servicio. Estaba trabajando allí de camarera. Quiso escapar de nosotros y se valió de un tipo que organizó una buena pelea. Ella aprovechó todo el jaleo para marcharse.

Henry dirigió a su compañero una aviesa mirada. Era evidente

que no había querido que el doctor supiese de aquel fracaso.

El doctor sacudió la cabeza.

—Bien, chicos, cumplieron mis órdenes y les felicito. Ahora ya pueden marcharse.

—¿Cree que no nos necesita, doctor? —dijo Henry.

—No se preocupen, sabré manejarlos.

—De acuerdo, doctor. Ya sabe que estamos a su disposición.

Henry hizo una señal a Ray y ambos salieron de la estancia.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Virginia se estremeció cuando sus ojos se encontraron con los del médico.

—Oiga, doctor —dijo—. Le aseguro que no soy Glenda.

—Nena, ellos no están aquí ahora. De modo que no hace falta que disimules. Eres Glenda Powell, mi querida esposa, o si quieres, la señora Crawford.

—Insisto en que se equivoca.

—Sería preferible que no agotases mi paciencia, Glenda.

—¿Cómo puedo convencerle?

Crawford se aproximó a la joven. Virginia fue a saltar del sillón, pero él la atrapó.

—Quieta, Glenda.

Virginia se sintió llena de pánico tan cerca de la cara del doctor.

—Fuiste una estúpida al huir de mi lado. ¿Crees que podía dejarte libre?

Virginia dijo lo primero que se le ocurrió:

—Una esposa puede separarse de su marido si entre ellos hay incompatibilidad de caracteres.

—Cuando me casé contigo debiste comprender que nunca dejaría que te divorciases.

Antes sería capaz de matarte.

—Oh, Crawford. Dices cosas terribles.

—Te quiero, nena, pero eso no es lo importante.

—¿Qué es lo importante para ti?

—Los secretos que tú conoces de mi vida.

—Crawford tengo que darte una gran noticia.

—¿Cuál?

—Olvidé absolutamente tus secretos.

Crawford la atrapó por el cuello.

—Estás mintiendo, Glenda.

—Te juro que no, Crawford. Anda, pregúntame cuáles son tus secretos y ya verás como no te puedo decir una sola palabra de ellos.

—Esto no es un juego, Glenda.

—Perdona si te he contrariado —repuso Virginia al ver un brillo extraño en los ojos de aquel hombre.

El doctor quedó en suspenso unos instantes. Finalmente exhaló el aire de sus pulmones, pero siguió apretando el cuello de Virginia.

—¿Por qué huiste?

—Son cosas que pasan.

—Te lo diré, te cansaste de mí. Es eso, ¿verdad?

—Oh, no, Crawford. ¿Cómo iba a cansarme de ti si tienes tanto que ver...?

—Deja de decir idioteces.

—No se me ocurren otras.

—¿Con quién hablaste, Glenda?

—¿Cómo?

¿Con quién hablaste per ahí?

—Con nadie. Sólo me preocupé de lo mío, Crawford.

—Te creo, porque si hubieses hablado, me habría visitado la policía.

Virginia se preguntó por qué la policía tendría que visitar a Crawford si Glenda Powell hubiese hablado. Allí existía un misterio, pero daba la casualidad que ella no tenía ningún deseo de descifrarlo. Oh, no, que se encargase otra persona de eso. Lo único que quería era alejarse de allí cuanto antes, pero tenía la impresión de que eso le iba a costar un poco de trabajo.

Crawford estaba hablando de nuevo.

—Durante estos días he tenido la impresión de que vivía en el infierno, Glenda.

—Lo siento.

—Me gustaría saber si eso es verdad.

—Claro que sí, Crawford, y a partir de ahora pienso comportarme como una buena mujercita.

—¿De veras? —dijo él, dejándola libre.

Virginia sonrió y se puso en pie.

—Hice un viaje un poco cansado, Crawford. Me iré a casa y te esperaré allí. Pero procura no tardar mucho, pongamos un par de

horas. Será estupendo. Quiero que te sientas orgulloso de mí. En cuanto llegues, te estaré esperando para ponerte las zapatillas... Hasta luego, querido.

—¿Adónde vas, Glenda?

—A casa, ya te lo he dicho.

—Tu casa está ahora aquí.

—Oh, no, Crawford, no querrás que me quede en un sanatorio de enfermos mentales. —Sería un estúpido si consintiese que regresases a nuestra casa. Aprovecharías la oportunidad para largarte otra vez.

—Oh, no, Crawford, eso no volverá a ocurrir. Fue una idea tonta que me pasó por la cabeza.

—Por lo visto olvidas algo muy importante, nena.

—¿El qué?

—Que me dedico a sanar a los enfermos mentales.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Mucho, porque estás enferma.

—Oh, no, Crawford.

—Sufres amnesia. Lo has olvidado todo, hasta a tu propio marido... Sí, cariño. Ni siquiera recuerdas que estás casada.

CAPÍTULO IV

Virginia se había quedado inmóvil tras escuchar las palabras de Crawford. No, ella conocía su verdadera identidad. Era Virginia Dix, oriunda de Luxorille, Estado de Kentucky, y había pasado veinte años de su vida en la granja de su tía. Lo recordaba perfectamente, como si estuviese ahora ordeñando una vaca.

—¿Qué dices, Crawford?

—Querida, en primer lugar yo no soy Crawford sino Ed.

—¿Eh?

—Ed de Edward.

—Puedes llamarte como quieras. No me acuerdo de ti.

—¿Lo ves?

—Quiero decir que no me acuerdo porque nunca te he visto, Ed.

Te lo juro.

El doctor soltó una risita, y entonces ella dijo:

—No me crees, ¿eh?

—Sí, nena, claro que te creo.

—No me des la razón como si estuviese loca.

—No estás loca, querida, sólo amnésica. Has perdido la memoria.

—¿Crees que me habría olvidado de una cara como la tuya si te hubiese visto alguna vez? Mírate en el espejo... Oh, no, mejor será que no te mires porque lo romperás.

—Te has vuelto muy chistosa.

—Siempre lo he sido.

—No, cariño. Antes eras una mujer muy seria.

—¿Lo ves? Ahí tienes la explicación. Yo no soy la mujer que tú conociste porque... soy otra mujer... Mi nombre es Virginia Dix, ¿lo oyes? Virginia Dix. No nos hemos visto en nuestra vida.

—Oh, sí. Ésta es la primera vez que nos encontramos.

—Correcto, doctor.

—Tú eres Virginia Dix, yo soy Edward Crawford y está es una playa de Florida.

—Doctor, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente.

—¿No ocurrirá que se ha contagiado de sus enfermos?

—Ya basta, Glenda.

—Le propongo lo más sensato, doctor.

—¿Qué es lo más sensato para ti, querida?

—Pida una conferencia telefónica con la estación de servicio Miramar, donde yo prestaba servicio, y allí le dirán de dónde vine y quién soy.

—No dudo que habrás trabajado en esa estación como camarera desde que te marchaste.

—Pero es que antes trabajé en otra estación de servicio. Puedo darle la dirección. —Han inventado una vida anterior. También existe explicación médica para eso, Glenda. Estás enferma, nena, pero no te preocupes, yo te curaré.

—No necesito cura. No padezco ninguna enfermedad.

—Vas a ser una chica obediente —dijo el doctor.

Y se puso en marcha hacia Virginia.

—No me toque —gritó Virginia, retrocediendo.

—Necesitas descanso, Glenda. En cuanto duermas algunas lloras, te sentirás mejor.

—Ya dormí durante el viaje con esos dos gorilas que me secuestraron.

—Te pondré una inyección.

—No necesito vitaminas. Me crié en el campo y estoy muy fuerte.

Virginia estaba dando la vuelta a la mesa y el doctor siempre iba detrás. De pronto, Crawford se interrumpió y tocó un timbre.

—No quería llegar a esto, pero tú lo haces necesario. —¿Qué cosa, doctor?

Virginia tuvo la respuesta enseguida. La puerta se abrió dando paso a dos hombres. Uno era de cabello pelirrojo y el otro rubio.

—Celebro que su mujer haya regresado, doctor... —dijo el pelirrojo.

—Gracias, Kirk. La señora Crawford está un poco nerviosa. La llevaremos a su habitación.

—¡No quiero ir a ninguna parte! —gritó Virginia—. ¡Estoy la mar de serena!

Los dos enfermeros la miraron con pesar y el pelirrojo movió la cabeza.

—No se preocupe, señora Crawford. Aquí estamos nosotros.

—Pónganse a disposición de su tía —repuso Virginia—. Quizá les necesite con más urgencia.

—Querida —habló el doctor Crawford—. Estás dando una penosa escena.

—Dejen que salga de aquí y ustedes podrán seguir con sus manías.

—Glenda, no quisiera ordenar a Eddie y a Kirk que usasen la fuerza. Sería muy desagradable para mí. No puedo olvidar que eres mi mujer. Pero si me obligas... Virginia cerró los puños. Estaba atrapada. No tenía salida. Pero el doctor había dicho una verdad. No podía ofrecer resistencia o sería mucho peor para ella.

—¿Irás con los enfermeros a tu habitación, Glenda? —preguntó Crawford, insinuante.

—Sí —contestó la joven—. No habrá necesidad de que empleen la fuerza.

Subieron en un ascensor.

El doctor trató de tomar a Virginia por la mano, pero ella la retiró evitando el contacto. La habitación tenía una ventana defendida con barrotes, una cama y una mesilla de noche. Eso era todo. Lo demás eran paredes desnudas.

Virginia comprendió que aquella estancia estaba destinada a uno de los pacientes del doctor, a un enfermo mental.

—Acuéstate, nena —ordenó el doctor Crawford.

—Lo haré cuando esté sola.

—Muy bien, saldremos fuera. Tienes dos minutos. En la mesilla de noche encontrarás un camisón.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Virginia corrió hacia la ventana y trató de mover los barrotes.

No consiguió nada.

Tendría que buscar otra oportunidad.

Se puso el camisón y se acostó.

Apenas lo hubo hecho, la puerta se abrió de nuevo, dando paso al doctor y a los dos enfermeros.

—¿Te encuentras mejor, querida? —Vio en la cara del doctor una fea sonrisa.

—Quiero estar sola.

—Sí, querida. Estarás sola muy pronto.

De súbito, uno de los enfermos se echó sobre ella y la tomó por los hombros. Virginia trató de levantarse al ver al doctor que sacaba la mano de la espalda, mostrando la aguja hipodérmica.

—¡No! —gritó la joven.

Pero ya el doctor la había pinchado en el hombro.

—Tranquilízate, esto es por tu bien.

—Comete una equivocación. Yo no soy Glenda Powell. ¡No soy la mujer que ustedes creen!

Virginia sintió los efectos fulminantes de la inyección. Su cerebro se pobló de nubes. Se estaba mareando.

Vio la cara sonriente del doctor, sus ojos que brillaban como brasas y luego también aquello se esfumó.

Se precipitó en un pozo, pero nunca llegaba abajo. Era el vacío.

—Bien, chicos —dijo el doctor Crawford—. Ya descansa.

—¿Ha de administrársele otra inyección? —preguntó el pelirrojo que respondía al nombre de Kirk—. Quizá no sea necesario.

Salieron los tres hombres de la habitación y Kirk echó la llave a la puerta y la guardó en el bolsillo.

—Doctor —dijo Kirk—, hemos de ocuparnos ahora de la enferma del cuarto 23. Ya sabe, la que se cree Josefina.

—Id, muchachos —dijo el doctor.

Los dos enfermeros se internaron por el corredor.

Entonces, Crawford bajó por la escalera y poco después entraba de nuevo en su oficina.

Sentada en un sillón había una rubia.

Era muy esbelta, de mejillas ligeramente hundidas, ojos muy grandes, verdosos.

El doctor llegó ante ella y la besó en la comisura de los labios.

—Quise venir en cuanto me dijiste que tu mujer había sido hallada por esos dos hombres que contrataste. ¿Dónde está ella?

—La dejé en su habitación después de administrarle un calmante, Martha.

Martha Raven dio un suspiro.

—Bueno, doctor, creo que ya no tiene nada que esperar.

Crawford rió.

—Es cierto. Todo salió tal como nosotros habíamos pensado.

—Te casaste con Glen justo en el momento preciso, cuando se acababa de convertir en la heredera de cuatro millones de dólares.

—Una bonita fortuna, ¿eh, cariño?

—¿Con quién la vas a compartir, Ed? —dijo ella, y le rodeó el cuello con los brazos con un arrumaco de gata—. ¿No será con tu secretaria?

Crawford la besó en una oreja y sonrió.

No hay otra secretaria como tú, Martha.

Ella sonrió coqueta.

—No debería decir esas cosas teniendo a tu mujercita allá arriba en uno de esos cuartos.

—Estará allí por poco tiempo.

—¿Qué has pensado?

—¿No lo imaginas?

—Comprendo. Te vas a deshacer de ella.

—Sí, nena.

—No sabes cuánto me gusta que me aciertes el pensamiento, Edward.

—No podría resistir mucho tiempo casado con Glenda. Ya lo sabes, querida. Ella seguiría siendo la dueña de los cuatro millones, aunque estuviese encerrada en el sanatorio. Pero muerta, el dinero será mío.

—Y un rico viudo puede casarse, ¿verdad, Edward?

—Con la mujer en que él ha pensado.

Se besaron en la boca.

—¿Cuándo ocurrirá eso, Edward?

—Pronto. Quizá mañana.

—¿Por qué no ahora?

—Ni hay prisa y debo hacer las cosas bien. Recuerda que Glenda no tiene ningún pariente cercano. Nadie se interesará por ella y está en mis manos. Glenda lo sabía cuando la hice ingresar aquí, y por eso escapó cuando aquel estúpido tuvo un descuido. Le bastó con pegarle un golpe en la cabeza y salir por la puerta de emergencia después de haber recogido algo de ropa en el vestuario de las

enfermeras.

—He pasado un gran susto pensando dónde podría estar ella, pero ya la tienes en tu poder y ahora no se volverá a escapar.

—No, Martha. Puedes estar segura de que Glenda se quedará aquí hasta que le llegue la hora de descansar para siempre.

—Querido, mereces una recompensa por todo tu trabajo.

—Y yo la acepto.

Martha se dispuso a besarlo otra vez, pero en eso sonó la campanilla del teléfono.

—Perdona, nena.

—Deja que suene —dijo Martha.

—Es de la centralilla. La telefonista querrá hacer una consulta. Terminaré enseguida.

—Está bien, Ed.

Crawford se acercó a la mesa y atrapó el teléfono.

—Al habla el doctor Crawford.

—Doctor Crawford —dijo la voz de la mujer que atendía la centralilla—. Acababa de llegar un caballero que pregunta por su esposa.

—¿Por mi mujer?

—Sí. Su nombre es Elliot Blacker y dice que es amigo de la infancia de Glenda. Está de paso por aquí y quisiera ver a la señora Crawford.

CAPÍTULO V

Crawford se había quedado rígido como un bloque de hielo.

Nunca había oído el nombre de Elliot Blacker.

—Señorita Phillis —contestó—. Dígale a ese caballero que no puede visitar a la señora Crawford por encontrarse... un poco delicada. Pero asegúrele que se le pasará aviso de su visita a la señora Crawford.

—Sí, doctor.

Inmediatamente, Crawford colgó.

—Estás pálido, Ed —dijo Martha.

—Un tipo que está abajo pregunta por Glenda. Su nombre es Elliot Blacker.

—Dijiste que nadie se interesaría por ella.

—Sí, eso suponía.

—¿No sabes de verdad quién es?

—No. Nunca oí a Glenda hablar de Elliot Blacker. De todas formas, ya lo arreglé. El tal Blacker tendrá que marcharse sin verla.

Otra vez sonó el teléfono.

Edward hizo un gesto brusco y casi estuvo a punto de perder el micro, pero logró atraparlo antes de que golpease contra la mesa.

—¿Qué pasa airara, señorita Phillis?

—Es otra vez el señor Blacker.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, señor Crawford, el señor Blacker ha de continuar viaje a Los Angeles y dice que quizá no tenga otra oportunidad de pasar por aquí.

Crawford titubeó un instante.

—Está bien, que suba. —Colgó otra vez—. Hay tipos estúpidos que harían perder la paciencia a Job.

—¿Por qué no nos dejarán tranquilos?

—No te preocupes, nena, me desembarazaré de él enseguida. Anda, ¿quiere pasar a la habitación de al lado mientras hablo con el señor Blacker?

La joven dio un suspiro y se levantó.

—Acaba pronto con ese pelma.

—Sí, nena, estoy deseoso de que tú y yo estemos a solas, sin que nadie nos moleste.

Martha le tiró un beso al aire y cerró la puerta.

Crawford se sentó ante su mesa y se puso a estudiar unos informes que tenía sobre la carpeta.

Llamaron a la puerta.

El hombre que entró frisaba en los veintiocho años de edad y era alto, rubio, bien parecido, de cara bronceada. Llevaba traje azul oscuro, camisa blanca y corbata jaspeada. Al sonreír se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

—Celebro conocerlo, doctor Crawford.

Edward se puso en pie y estrechó la mano de su visitante.

—Siéntese...

—¿Un cigarrillo?

Crawford se lo aceptó, y a continuación, Elliot Blacker le ofreció la llama de un encendedor de gas.

—Ignoraba que Glenda se encontrase enferma, doctor Crawford.

Edward tuvo que hacer un esfuerzo porque el humo se le había ido por un mal sitio.

Cabeceó.

—También fue una sorpresa para mí.

—¿Cuánto tiempo lleva enferma?

—Cinco meses.

—Eso quiere decir que ocurrió poco después de casarse. Glenda me informó de su boda enviándome una participación. No pude asistir a la ceremonia debido a mi trabajo.

—Entiendo. ¿Cuál es su profesión, señor Blacker?

—Abogado. ¿No se lo dijo Glenda?

—A decir verdad, Glenda nunca me habló de usted. Discúlpela, pero ella era un poco reservada.

—Es extraño. Glenda siempre fue una mujer muy espontánea, comunicativa.

—Admito como posible que cuando yo me casé ya estuviese haciendo estragos en ella la enfermedad.

—Doctor, esto es un sanatorio de enfermos mentales, lo que quiere decir que Glenda... —Sí, señor Blacker. Tiene perturbadas sus facultades mentales. Es terrible para ella y para mí.

—¿Acaso no tiene cura, doctor?

—Me temo que no. Justamente hoy ha sido devuelta al sanatorio.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Glenda se escapó hace unos días. Por fortuna, hemos podido hallarla. Es por lo que le transmití mi anterior mensaje con la telefonista respecto a la imposibilidad de que usted la viese. Le tuvimos que administrar un calmante para dormirla.

—Lo siento mucho, doctor.

—Lo siento mucho, doctor.

—Ha sido usted muy amable al interesarse por mi mujer.

—Imagino que, en las presentes circunstancias, de nada servirá esa frase tan conocida de «si puedo hacer algo por día»...

—Ojalá pudiese hacer algo, pero me temo que ni yo mismo puedo ayudarla mucho.

—Doctor, con motivo de mi profesión he estado relacionado con varios casos de tipo psiquiátrico. En una oportunidad oí decir a uno de sus colegas que una mujer enferma desde un punto de vista mental, no debe ser tratada jamás por su esposo, aunque sea un eminente especialista en enfermedades mentales.

Las pupilas de Crawford se empequeñecieron.

—Es cierto, señor Blacker, y debo decirle que mi esposa no es mi paciente. Hay otros doctores en este sanatorio y uno de ellos se ocupa de mi mujer.

—Perdone si he dicho una inconveniencia.

—En absoluto, señor Blacker.

Elliot Blacker se puso en pie.

—Imagino que si usted le dice a su mujer mi nombre, no servirá para nada.

—De todas formas, se lo diré.

—Muy amable, doctor, y dentro del curso de la enfermedad de

Glenda le deseo una mejoría.

El doctor emitió un gruñido y acompañó hasta la puerta a Elliot Blacker.

Cuando el abogado hubo salido, Crawford permaneció inmóvil. Aquel condenado rubio le había hecho pasar un mal rato, pero por fin se había marchado.

Martha entró en la estancia.

—¿Escuchaste a través de la puerta, querida?

—Sí, Ed. Tenía mucho interés en conocer lo que hablabais. Ha habido momentos en que se me encogió el corazón.

—A mí también —dijo Crawford, y escancié *whisky* en dos vasos.

—Ya no hay que preocuparse, ¿verdad, querido? —dijo Martha.

—Claro que no —asintió Edward, y le entregó un vaso—. Todo saldrá bien, tal como está planeado.

—Por tu próxima viudez —brindó Martha.

* * *

Los enfermeros Kirk y Eddie estaban jugando una partida de damas en la habitación de la tercera planta reservada para ellos.

De pronto, se encendió una de la luces del tablero que había en la pared.

—Otra vez el tipo de la 42, Eddie.

—Déjalo que se vaya al infierno. Te toca jugar a ti.

—No me gusta vérmelas con ese fulano. Es el más peligroso de los pacientes.

—Estoy conforme. Si me diesen a elegir, yo me quedaba con la esposa del doctor. No está nada mal, ¿eh?

La luz del recuadro 42 se encendía intermitentemente.

—Maldito sea ese Jim *el Carnicero* —dijo Kirk.

—Acertó el que le puso el apodo.

—El muy bruto utilizó su instrumento de trabajo, el hacha, para acabar con su mujer y su suegra.

—Tuvo suerte.

—No hagas chistes con eso.

—Me refiero a que el jurado no dudó en considerarlo un esquizofrénico y por eso lo mandaron aquí.

Hicieron una pausa.

Eddie soltó un grito de triunfo y metió una dama.

—Estás perdido, Kirk, ríndete.

—Ha sido por culpa de ese loco.

—Sí, confieso que has tenido un descuido.

Kirk se puso en pie. Miró la bombilla que se encendía en el tablero.

—Maldito sea... Le voy a poner la camisa de fuerza. Me tendrás que echar una mano.

—No quiero ver la cara de ese tipo. Déjalo que siga llamando.

—Hemos de estar toda la noche de guardia. ¿Es que quieres ver una y otra vez cómo se enciende esa bombilla?

—Cálmate, hombre, no es para tanto... Se supone que debemos estar acostumbrados a esas luces.

—Te digo que no lo puedo resistir. Vamos de una vez, Eddie.

—Está bien —dijo Eddie, de mala gana.

Poco después, ambos enfermeros, con la camisa de fuerza, se detenían ante la puerta número 42.

Kirk sacó la llave y abrió.

De pronto, una mano apareció por el resquicio, lo atrapó por el cuello y tiró de él con fuerza.

Eddie se quedó quieto y eso dio lugar a que de nuevo el brazo apareciese.

Tenía enfrente a Jim *el Carnicero*, y la sangre se le convirtió en agua helada al ver su cara, los ojos congestionados.

Quiso saltar, pero fue demasiado tarde. Jim lo atrapó por el cogote y lo hizo entrar de un tirón.

Dio un traspié y fue a caer junto a Kirk, cuya cabeza estaba llena de sangre, porque había golpeado contra la pared y perdido el sentido.

Oyó pasos a su espalda y se levantó de un salto para defenderse del loco, pero al instante comprendió que nada podría hacer contra Jim porque éste era más fuerte que él.

Fue a abrir la boca para gritar, pero en ese momento el puño de Jim le asestó un terrible golpe en la quijada.

Eddie se desplomó en el suelo.

Virginia Dix despertó.

Su mente estaba sumergida en una espesa niebla, pero ésta se fue aclarando poco a poco.

Entonces recordó dónde estaba.

En un sanatorio de enfermos mentales. Le habían confundido con otra mujer, con alguien cuyo nombre era Glenda y estaba casada con el doctor Crawford.

Pero ¿cómo podía ella deshacer aquel equívoco? El doctor Crawford se negaba a admitir la verdad.

De pronto, la puerta dio un chasquido.

Levantó la cabeza y vio entrar a un hombre al que no había visto antes. Era un grandullón. Se cubría con un traje que parecía excesivamente pequeño para él. Tenía la cara ancha, los ojos un poco oblicuos, espesas las cejas. Debía de ser otro enfermero, aunque no llevase bata.

Su visitante echó a andar hacia la cama, al tiempo que en sus labios esbozaba una sonrisa.

—Glenda, ya lo he conseguido. Te prometí que lo haría.

Virginia no comprendía nada de lo que le decía aquel hombre. Igual que el doctor Crawford, y Henry, y Ray la llamaba Glenda.

Soy libre, Glenda. ¿Lo oyes? Y he venido por ti.

En un instante se hizo la luz en la mente de Virginia. Aquel hombre era un perturbado, uno de los pacientes del hospital.

Sintió miedo al ver que las manazas de aquel hombre se aproximaban a su cuerpo y se retiró instintivamente.

—Glenda, soy yo —dijo él, dejando sus brazos quietos—. Soy Jim Travers. Te juré que escaparíamos de aquí. Ha llegado el momento. Debemos darnos prisa... Contaremos con unos minutos. Dejé a los dos enfermeros en mi cuarto, pero en cuanto noten su ausencia, nos perseguirán como a dos perros rabiosos.

Virginia habría querido escapar de aquel hospital de otra forma, por ejemplo, admitiendo el doctor Crawford que ella no era su mujer. Pero no podía elegir. Lo importante era que aquel hombre, aunque fuese un loco, le estaba ofreciendo la libertad.

—Sí, Jim. Iré contigo.

Virginia se puso en pie, saltó de la cama y se acercó al armario donde había dejado su ropa.

—Jim, ¿puedes volverte de espaldas? Voy a cambiarme.

—Oh, sí, claro que sí. Perdona.

Virginia se quitó el camisón y se vistió lo más aprisa que pudo, aunque no le resultó fácil porque todavía estaba bajo los efectos de la inyección que le habían administrado.

—Estoy preparada, Jim —dijo.

El grandullón la tomó del brazo.

—¿Recuerdas mi plan?

—No, Jim, lo olvidé —dijo Virginia, porque naturalmente, Jim había hablado con la verdadera Glenda.

—Saldremos por la puerta trasera donde está el garaje. Allí hay siempre algunos coches. Nos marcharemos en uno de ellos. Pero luego tendremos que abandonarlo perquè nos identificarían enseguida.

—Sí, Jim.

—¿Tienes miedo, Glenda?

—Un poco.

—No te preocupes. Ellos no podrán hacerte daño. Yo estoy aquí para defenderte. Después que abandonemos el coche, atraparemos otro.

—Estupendo, Jim.

—Y luego tú y yo iremos donde te dije.

—¿Adónde, Jim?

—A Sutton, ese pueblo de Nevada. Utilizaremos nombres supuestos y así podremos casarnos.

Virginia sintió un escalofrío por la espalda.

—Vamos, Glenda, date prisa.

Jim *el Carnicero* la empujó suavemente hacia la puerta.

CAPÍTULO VI

El doctor Crawford estaba lívido escuchando el relato de Kirk y Eddie.

—Sois una pareja de estúpidos. No os dais cuenta de lo que habéis hecho.

—Lo siento, doctor —repuso Kirk—, pero ya le he dicho cómo ocurrieron las cosas. No tuvimos tiempo para defendernos. Este tipo había sufrido un ataque.

—Pero se ha llevado a mi mujer. ¿Lo oyes, Kirk?

—Ya le he dicho que somos los primeros en lamentarlo. De todas formas, ahora la policía se ocupará de ellos.

—Sí, Kirk, es lo primero que hemos hecho: avisar a la policía, pero hubiese preferido que nada hubiera pasado.

—Ya no se puede evitar, doctor.

—¡Silencio! Largaos los dos a que os curen.

Kirk y Eddie, los enfermeros maltrechos, se apartaron del doctor y éste entró en su oficina.

Martha Craven, sentada en el diván, tenía el ceño fruncido.

—¿Cómo es posible que las cosas se tuerzan de pronto, Edward?

El doctor paseó por la estancia, lentamente.

—Quizá haya sido mejor así.

—¿Cómo?

El doctor se detuvo, sonriente.

—¿No oíste con quién se marchó?

—Un tal Jim.

—Jim *el Carnicero*. Es un asesino, un esquizofrénico.

—Ya comprendo. Supones que él la puede matar.

—La matará. Seguro. He tenido más de un año en el sanatorio a Jim Travers y lo conozco bien. Me di cuenta de cómo miraba a

Glenda durante los ratos que estaban en el jardín. Varias veces los vi hablar juntos.

—Supones que él se enamoró de ella.

—Sí, pero es un tipo extremadamente celoso. Bastará con que ella mire a un hombre para que sobrevenga la explosión.

—Te entiendo. Jim es algo así como un barril de pólvora y los celos la mecha que lo enciende.

—Exacto, Martha. Hasta ahora, Jim mató con un hacha, pero quizá esta vez no le haga falta.

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

—Al habla el doctor Crawford.

—Doctor Crawford, soy el *sheriff*.

—¿Tiene alguna noticia, *sheriff*?

—Sí, doctor. Hemos encontrado el automóvil. No había nadie dentro. Estaba en la cuneta, doce millas al norte de la ciudad.

—Eso significa que siguen esa dirección.

La siguieron en un principio, pero no podemos sacar una consecuencia de ello. Tres millas más adelante hay un cruce de carreteras que van hacia los cuatro puntos cardinales. Hasta ahora no sabemos otra cosa.

—Gracias por su celo, *sheriff*.

—Quiero que sepa que haremos todo lo posible por dar con su mujer antes de que ocurra... Perdón.

—No se disculpe, *sheriff*. Comprendo lo que quiere decir. Mi mujer está en manos de un asesino loco.

—Le tendré al corriente, doctor.

Crawford esperó a que el *sheriff* colgase para hacerlo él y entonces se volvió sonriente. —Hasta el propio *sheriff* lamenta mi suerte, Martha. Dice que hará todo lo posible por dar con mi mujer antes de que a Jim le cruce un mal pensamiento por la cabeza—. La mayoría de las veces la policía llega tarde al lugar de los hechos, y espero que esta vez no sea una excepción.

El teléfono sonó nuevamente, y el doctor dio un respingo.

—Maldita sea, quizá sea el *sheriff* para decirme que los han hallado, y entonces habríamos perdido una gran oportunidad... ¿Sí?

—Doctor Crawford, soy Elliot Blacker.

—Lo creía a usted camino de Los Angeles.

—Me detuve en un restaurante del camino y oí por la radio lo

referente a su mujer.

—Ha sido una desgracia.

—Se me ha ocurrido hacerle esta llamada por si necesita mi ayuda.

—Le repito de nuevo mi agradecimiento, pero creo que usted no puede hacer nada. Si ha oído la radio, se habrá informado de que la policía ha tomado cartas en el asunto.

—Sí, doctor. Lo escuché. ¿Tan peligroso es realmente ese Jim Travers?

—Sí, señor Blacker. Jim Travers ha sido mi paciente y puedo dar fe de que es un hombre que debe estar encerrado. Naturalmente, como todos los desequilibrados, tiene momentos en que puede comportarse como una persona normal, pero cuando sufre un ataque, nadie puede responder de lo que haga.

—Quisiera que me ampliase su información acerca de Jim.

—¿Para qué, señor Blacker?

—He pensado que quizá Jim Travers se dirige a algún punto que previamente ha elegido.

—Entiendo —dijo el doctor, y se asombró da que Elliot Blacker hubiese pensado aquello.

—¿De dónde es Jim Travers, doctor?

—De Cappeltown, pero supongo que no irá a allí, ya que se encuentra a cincuenta millas de nuestro hospital.

—¿Tiene Jim algún familiar en Cappeltown?

—Los perdió todos después que mató a su mujer y a su madre política.

—¿No hay ningún hermano o hermana o tío?

—No, señor Blacker. Le repito que Jim Travers no tiene ningún otro familiar.

—¿En el curso de su tratamiento le habló de alguna otra ciudad, un pueblo o cualquier otro sitio?

No, señor Blacker. Jim Travers había nacido en Cappeltown y pasó toda su vida allí.

—No le molesto más, doctor.

—Usted no molesta, Blacker. Por el contrario, tengo que estarle agradecido por su interés.

—Buena suerte, doctor. Voy a continuar viaje, pero estaré pendiente de las noticias de la radio.

Cuando se hubo interrumpido la comunicación, Edward dejó el micro en la horquilla con un fuerte golpe.

—Ese estúpido...

—¿No crees que el señor Blacker muestra excesivo interés por tu esposa? —dijo Martha—. Me dijo que fueron amigos en su infancia. Ha oído por la radio lo sucedido aquí y es lógico que haya telefoneado.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Crawford.

Entró en el despacho un anciano de unos setenta años. Era Paul Garrick, el viejo mayordomo de los Powell. Había visto nacer a Glenda. Otros criados se habían marchado en el transcurso de los años, pero Garrick había permanecido en la mansión de los Powell, como si formase parte de ella, como un muro o una columna.

—Vine aquí en cuanto me informé, señor Crawford.

De buena gana, Edward hubiese mandado al viejo mayordomo al diablo. El quería estar a solas con Martha y todo eran dificultades. ¿Por qué de pronto el mundo se le ponía en contra?

—No hacía falta que vinieses, Paul. Tú no puedes hacer nada. Paul carraspeó, mirando a Martha.

—Ya conoces a mi secretaria, ¿verdad, Paul? —dijo el doctor.

—¿Cómo está, señorita Craven?

—Muy bien, Paul, celebro verte.

A Martha le convenía estar bien con Paul porque algún día ella sería la señora Crawford y ocuparía aquella mansión, donde por otra parte pensaba hacer reformas para modernizarla un poco.

—Estuve un buen rato en el jardín, ya sabe, doctor, por si a la señora se le ocurría volver a la casa —habló otra vez el mayordomo.

—No creo que lo haga, Paul. Se marchó de aquí con ese paciente, Jim Travers. El no la dejará libre.

—¿Puedo hacer algo por usted, doctor?

—Nada, Paul. Regresa a casa. Será lo mejor.

—¿Irás usted allí?

—No podría dormir. Prefiero quedarme aquí esperando las noticias de la policía.

Paul hizo una reverencia y fue a retirarse.

—Espera un momento, Paul. —De pronto había recordado algo

—. Paul, háblame de Elliot Blacker.

—¿De quién dice, señor?

—De Elliot Blacker.

—Perdone, doctor, pero no sé a quién se refiere.

A un amigo de la infancia de Glenda.

—¿A un amigo de la infancia?

—Eso he dicho, Paul. ¿O es que tu memoria te falla?

—No, doctor, tengo buena memoria. Usted lo sabe.

Crawford se dijo que él sabía perfectamente que Paul recordaba todo. Muchas veces le contaba cosas de su niñez, y especialmente de la vida de los Powell, hasta del abuelo de Glenda.

—La señorita Glenda tuvo algunos amigos, doctor. Los recuerdo a todos, se lo aseguro. Alan McDonald, David Kelton, Frank Dean... Pero nunca hubo nadie que se llamase así:

Elliot Blacker... No, señor, nunca...

Crawford llevó aire a sus pulmones.

—Gracias, Paul, puedes retirarte.

—Sí, señor. Buenas noches, señorita Craven.

El mayordomo salió del despacho.

Crawford siguió inmóvil, mirando la puerta que se había cerrado tras de Paul.

—Edward —dijo Martha—, ¿qué significa todo esto? ¿Quién es Elliot Blacker? —Yo tampoco lo comprendo— contestó Edward en un murmullo. —La misma pregunta me estoy haciendo yo.

—Bueno, cabe la posibilidad de que Paul se equivoque.

—Sí, cabe esa posibilidad, que a pesar de su buena memoria, Paul no recuerde a Blacker.

—Quizá fue uno de esos amigos con los que no se tiene mucha relación.

—¿Crees tú que un amigo de éstos se presenta en un sanatorio de enfermos mentales preguntando por su amiga enferma? No, Martha, eso no es lógico. Y si no es un amigo de Glenda, ¿quién es Elliot Blacker y por qué se llegó aquí interesándose por ella?

CAPÍTULO VII

Bryan Stone había logrado algo que perseguía desde hacía mucho tiempo. Una cita con Linda Shearer.

Bryan trabajaba como mecánico en un taller de reparaciones de automóviles, pero él no tenía coche, aunque ahora tripulase uno, el de su jefe. Naturalmente, el señor Bates ignoraba que él, Bryan, había salido aquella noche con el automóvil.

Bryan había tomado sus precauciones preguntando hábilmente al señor Bates. De esa forma había sabido que Bates pasaría la noche en casa, viendo su programa favorito de televisión.

Aquella chica, Linda, se le había metido en la sangre.

La había conocido en un baile, pero Linda se había mostrado reacia desde un principio. Comprendió enseguida el porqué. A Linda le interesaba el dueño de un almacén general. Bryan pensó que debía retirar su candidatura, pero, de pronto, las cosas se le habían mostrado favorables. Linda había reñido con el dueño del almacén. Aquella tarde había hecho una llamada a Linda y la invitó a llegarse hasta el lago de los cisnes. Allí había un par de restaurantes donde podrían cenar y bailar.

Frenó el coche junto a la casa de Linda e hizo sonar el claxon.

La joven no tardó en aparecer. Estaba muy bonita, con aquel vestido de escote redondo, muy ceñido.

—Hola, Bryan.

—Demonios, estoy seguro de que no habrá ningún tipo que lleve una chica como tú.

—Gracias por el requiebro.

Ocuparon el asiento delantero, y Brian, sonriente, puso en marcha el vehículo.

Cuando ya iban por la carretera, Bryan dijo:

—He pensado mucho en ti, Linda.

—Yo también.

Bryan no quiso dar crédito a lo que oía. Linda había pensado en él.

Hace una noche muy hermosa. ¿Ves cómo brillan las estrellas, Linda?

—Sí, una siente deseos de trepar hasta lo alto.

—Si eso fuera posible, tomaría la más brillante de todas y te la prendería en el cabello.

Después de decir eso, Bryan se quedó muy satisfecho, aunque quizá era la centésima vez que decía aquella frase a una muchacha.

—Bryan —dijo Linda—. ¿Quieres sacar el coche del camino?

Bryan la miró perplejo y eso estuvo a punto de costarles un disgusto porque estaban llegando a una curva.

Un bólido pasó por la izquierda como una exhalación haciendo sonar el claxon.

—Cuidado, Bryan, ¿es que quieres que nos matemos?

—Por nada del mundo quisiera morir ahora, Linda. Te lo aseguro.

Sacó el coche de la carretera con mucha torpeza porque continuaba nervioso. Las ruedas delanteras se metieron en un bache, y Linda saltó dando un gritito.

Bryan introdujo el coche por entre unos árboles, frenó y apagó los faros.

Linda apoyó la cabeza en el respaldo y dio un prolongado suspiro.

—Qué tranquilidad... Da gusto estar aquí.

—El mundo es una enorme isla solitaria en donde nos encontramos solos tú y yo —murmuró Bryan, procurando que su voz sonase muy ronca.

Esperó el efecto de aquella frase con la boca abierta, pero Linda seguía inmóvil.

—Linda, ¿me has oído?

—¿Has dicho algo?

—Hablabas del mundo, de ti y de mí.

Pasó un brazo por los hombros de la joven. Esperó que ella protestase, pero Linda tampoco se movió.

—Linda, somos dos seres humanos y estamos solos. La persona

más cercana puede que esté a una milla de aquí.

Por la portezuela de su lado oyó un gruñido y algo parecido al aliento de una fiera le acarició la nuca.

Se volvió bruscamente y quedó perplejo al ver la cabeza que estaba en el hueco de la ventanilla. Era un hombre de cejas espesas, ojos oblicuos.

—Buenas noches —dijo el desconocido—. Caramba, nos ha dado un buen susto.

Sin embargo, Linda no parecía muy afectada, quizá porque se lo tomaba todo con mucha calma.

—Salgan de ese coche, gruñó el desconocido.

—Eh, ¿qué dice?

—Vamos, salgan los dos.

—Eh, oiga, no estábamos haciendo nada malo.

Bryan pensó que se las tenía que ver con el guarda de aquel bosque.

Echó rápidamente mano al bolsillo y sacó dos billetes de a dólar.

—Aquí tiene, amigo.

El otro atrapó los dos billetes y los guardó en el bolsillo superior de la chaqueta.

De pronto, abrió de un tirón la portezuela.

—¿Qué están esperando para salir?

—Eh, usted... Pero ¿qué se ha creído?

Linda dio un grito en ese instante.

—Bryan... Es el loco que se escapó... ¡Jim *el Carnicero*! Bryan creyó que iba a desmayarse. También él había oído por la radio noticias respecto al loco escapado de un sanatorio. Y según los informes, se trataba de un individuo peligroso, un asesino que había matado a dos mujeres con un hacha.

Jim Travers alargó la mano y atrapó a Bryan por el brazo. Dio un tirón y pareció arrancar de cuajo al muchacho, como si Bryan formase parte del asiento.

Bryan cayó al suelo.

—Eh, no me mate... Si la quiere a ella para usted, se la regalo.

Linda había bajado por su propio pie y sus ojos brillaron iracundos al oír aquello.

—Condenado cobarde...

Jim Travers golpeó con el puño cerrado en la cara de Bryan

lanzándolo con terrible violencia contra un árbol. Bryan estrelló allí la cabeza y se desplomó sin conocimiento.

Linda lanzó otro chillido.

Jim Travers avanzó sobre la joven, que parecía paralizada. — ¡Quieto, Jim!— se oyó de pronto una voz.

Era Virginia, que llegó jadeante. Se le había presentado la primera oportunidad para alejarse de Jim y la aprovechó. Habían estado agazapados entre los arbustos durante un rato, esperando la oportunidad de parar un coche. Justamente habían visto aquel que se había salido de la carretera. Entonces Jim dijo a Virginia que se apoderaría de aquel vehículo.

Virginia decidió echar a correr en cuanto Jim se apartase de ella y así lo había hecho, pero luego pensó en los ocupantes de aquel automóvil y en lo que podía pasar. Jim estaba loco, y por apoderarse del coche sería capaz de matar. Por eso había retrocedido.

Observó la cara de Jim, el labio inferior le colgaba y sus ojos parecían salir de las órbitas.

Su víctima, la muchacha, parecía un pajarillo hipnotizado por una serpiente.

—Jim, déjala quieta —dijo Virginia.

—He de acabar con los dos.

—No lo harás.

—Dirán que les quitamos el coche. ¿Lo oyes, Glenda? Nos perseguirán otra vez.

—Nos perseguirán de todas formas si los matas.

—Te digo que he de hacerlo. Es necesario.

—Tú y yo huiremos en el coche, Jim.

—Saldrán a la carretera y darán aviso enseguida. Es lo que he de evitar.

Dio otro paso hacia Linda.

—Jim, te lo ordeno —dijo Virginia, con voz seca—. ¿Me oyes? No quiero que le hagas daño. Te vas a estar quieto. Si la tocas no iré contigo.

Jim desvió los ojos hacia Virginia.

—Glenda, tú no me puedes abandonar. ¿Lo oyes? No puedes hacerlo. Hemos de ir juntos los dos. Siempre juntos.

Virginia respiró profundamente.

—Sí, Jim, iré contigo, pero ha de ser ahora mismo. Sube al coche, yo conduciré. Jim titubeó unos segundos, pero por último dio la vuelta a la joven y ocupó el asiento delantero.

Virginia se agachó sobre el joven y comprobó que sólo había perdido el conocimiento. Entonces se sentó ante el volante, puso en marcha el vehículo y lo condujo hacia la carretera.

Jim estaba silencioso.

Ella lo miró por el rabillo del ojo. Había podido librarse de él en aquella oportunidad y la había dejado escapar.

—Glenda —le oyó decir ahora.

—¿Qué, Jim?

—¿Dónde estuviste durante esos días desde que te escapaste del hospital?

Virginia le hubiese, querido decir: «No, Jim, te equivocas, no soy la Glenda que tú crees. También te has equivocado. Es mejor que nos separemos. Continúa buscando a tu Glenda. Quizá la encuentres en alguna parte. Pero yo no soy la mujer con la que te quieres casar».

No, no le podía decir eso porque Jim Travers pensaría que lo había engañado. Era indudable que Glenda había hablado a Jim de escapar del sanatorio del doctor Crawford. Y al fin, Jim había conseguido llevar a la práctica su plan. Si ahora le decía que no era Glenda, Jim se creería víctima de un engaño, pensaría que había jugado con él y se expondría a lo peor. A Jim le bastaría con pegarle un manotazo en el cuello para desnucarla. Veía las manos de Jim, que descansaban sobre sus enormes piernas. Unas manos provistas de dedos largos, fuertes, manos que con un simple golpe podrían romper una vértebra, o quebrar la espina dorsal de un ser humano.

—¿Dónde estuviste, Glenda? —repitió Jim.

—Anduve de un sitio para otro.

—¿Por qué no me esperaste?

—No podía.

—Prometimos que escaparíamos juntos, Glenda... Cuando supe que te habías ido del hospital y que me habías dejado solo, lloré. ¿Lo oyes?

—Sí, Jim, y lo siento.

—Lloré mucho, Glenda. Toda una noche y al día siguiente y

durante el día y la noche siguiente.

De pronto, se volvió y le puso la mano en el hombro.

Virginia tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar conduciendo. Sintió cómo los dedos de él se hundían en su clavícula.

—Cuidado, Jim, me haces daño.

—¿Estuviste con otro hombre?

—Oh, no, Jim. ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Ni siquiera te acordaste de mí. Estoy seguro de que no me recordaste una sola vez.

La presión de la mano sobre su clavícula era insoportable.

Estaba a punto de lanzar un grito de dolor. Ya no podía conducir con aquella mano.

—Ten cuidado, Jim, nos vamos a matar. Esta carretera es peligrosa.

—Quizá sea lo mejor, acabar de una vez...

—No digas eso, Jim.

—Ya que me traicionaste, sería mejor que muriésemos los dos juntos.

—Te repito que me haces daño, Jim... Mucho daño.

—Aprieta el acelerador.

—¿Cómo? Ya vamos a setenta millas.

—Aprieta el acelerador te digo —dijo Jim, y aumentó la presión de sus dedos.

Virginia gritó, pero al mismo tiempo apretó el acelerador.

El coche aumentó gradualmente la velocidad.

Virginia estaba doblada hacia el lado de Jim. Creía que de un momento a otro saltaría su clavícula.

—¡Jim, déjame!

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa! —dijo él, aplastando su pie sobre el de Virginia, aprisionándolo contra el acelerador.

—¡No, Jim! ¡Veo una curva al fondo!

—Es justo lo que necesitamos.

—No quiero morir, Jim. ¡No quiero!

—Y yo no quiero vivir sin ti. Te lo dije en el jardín.

—Lo recuerdo —dijo Virginia, aunque ella nunca había estado en el jardín del hospital con Jim.

—Me dijiste que si te sacaba de allí te casarías conmigo.

—Sí, Jim, me casaré contigo.

—Pero te marchaste sola y estuviste con otros hombres.

Se acercaban rápidamente a la curva.

El pánico se había apoderado de Virginia.

—¡No, Jim! ¡No pensé en ningún otro hombre, sólo en ti!

—Embustera.

—Pude haber escapado mucho más lejos del sanatorio, pero me quedé cerca por ti. Por eso me atraparon otra vez. ¿Es que no te das cuenta, Jim?

La presión de la mano de Jim cesó y el pie dejó de apretar el de Virginia sobre el acelerador.

Virginia frenó poco a poco, porque no tenía fuerzas e hizo girar el volante.

Los neumáticos del vehículo chirriaron al tomar la curva.

Pero luego el automóvil se enderezó y continuó corriendo por la recta.

Virginia sintió el cuerpo bañado en un sudor frío.

Oyó que Jim registraba en la guantera.

—Aquí hay un mapa, Glenda.

Virginia se dio cuenta entonces de que el coche llevaba una radio.

Dio la vuelta el botón. Por el aire se esparcieron las notas de un «*twist*».

Jim levantó la mirada del mapa.

—Eh, ¿qué haces?

—Puse la radio para entretenernos.

—No me gusta esa clase de música.

Jim alargó la mano y movió el dial hasta sintonizar con una emisora que estaba emitiendo una pieza clásica.

—Eso está mucho mejor.

Luego, Jim volvió a dedicar su atención al mapa.

Virginia había aminorado mucho la velocidad del vehículo. No quería alejarse demasiado. Tenía una esperanza, la de que fuesen atrapados por la policía. Ésa era la única solución para todos sus problemas, y entonces ella les contaría la historia, desde que en el restaurante de, la estación de servicio Miramar conoció a aquellos dos hombres, Henry y Ray, que pretendieron secuestrarla, y más tarde lo consiguieron.

De pronto, la pieza clásica quedó interrumpida y la voz de un locutor anunció:

—«No se tienen noticias acerca de Jim *el Carnicero* y su esposa de fuga, la señora Crawford».

Jim levantó la cara.

—Hablan de nosotros —rió por entre los dientes.

Virginia se dijo que era demasiado pronto para que los dos jóvenes a quienes habían robado el coche hubiesen dado aviso a la policía. Pero eso tenía que ocurrir de un momento a otro ya que la muchacha no había sufrido daño alguno, y por tanto, podía acercarse a la carretera cercana, detener un vehículo y contar a sus ocupantes lo que había ocurrido en el bosquecillo.

El locutor seguía hablando.

—«Se recuerda a todos los oyentes la peligrosidad del hombre llamado Jim Travers, también conocido por el apodo de el Carnicero, el cual le fue adjudicado cuando, valiéndose de un hacha, asesinó a su esposa y a su madre política». ¡Jim! —gritó Virginia, sin poderse contener.

—¿Qué pasa, nena?

—¿Es cierto eso?

—Creí que lo sabías.

—¿Hablamos alguna vez de ello?

—No, pero pensé que te lo habría contado alguno de nuestros compañeros, allá en el hospital.

—No, no me habló ninguno.

—Bueno, ya pasó todo aquello.

—¿Por qué las mataste, Jim?

—Ella me engañó. ¿Lo oyes? Me engañó. Puso los ojos en otro hombre. Ella lo negaba y lo seguía negando cuando estaba dispuesto a castigarla.

—Quizá te equivocaste y sólo fue una suposición tuya.

—No, Glenda. No me equivoqué. Ella era muy hermosa... casi tanto como tú. Sólo la quería para mí, pero ella se arreglaba para los demás hombres.

—¿No se te ha ocurrido pensar que sólo lo hacía para ti?

Jim sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Era coqueta.

—¿Y qué mujer no lo es?

—¿Eres tú coqueta?

Virginia lo miró a los ojos y comprendió por qué la muchacha del bosquecillo se había sentido paralizada mientras él la miraba. Jim poseía unos ojos enormes, brillantes, que parecían emanar un fluido magnético.

—No, Jim. No lo soy —pudo contestar al fin.

—Sólo me has de pertenecer a mí. Es algo que se te debe grabar a fuego dentro de la cabeza. ¿Entendido?

—Sí, Jim.

Otra vez se interrumpió la música.

El locutor dijo:

—«Atención, damos un boletín de urgencia con respecto a Jim Travers y la señora Crawford, los dos fugados del hospital de enfermos mentales. En este momento tripulan un coche marca “Buick”. —Dio la descripción del vehículo—. Los dos fugitivos atacaron a los usuarios del automóvil referido, Bryan Stone y Linda Shearer, en el lugar denominado “*El bosque de los enamorados*”. Jim cerró la radio».

—¿Por qué haces eso, Jim?

—Ya oímos bastante. Un poco más arriba hay un camino vecinal. Seguiremos por allí.

—Es mejor continuar por esta carretera. Viajaremos más rápidamente.

—No cometeremos esa tontería. Nos han identificado y eso lo debo a ti. Tenía que haber acabado con los dos muchachos, ¿te das cuenta? Yo siempre tengo razón. Habrían tardado horas en encontrar sus cadáveres, puede que un día o dos.

Consultó otra vez el mapa.

—Pero escaparemos, nena. Te lo aseguro.

—Se pondrán a buscarnos centenares de policías.

—Los burlaremos a todos. Hay un montón de caminos por aquí. Elegiremos los menos frecuentados. Conozco esta parte del país hasta Nevada. En dos días llegaremos a Sutton. Ya verás cómo lo conseguimos, y apuesto a que no nos encontramos con nadie en todo el trayecto.

Virginia se sintió acongojada pensando que Jim acertase en sus previsiones.

—Dobla ya, Glenda. Tienes el camino delante de ti... Rápido, a

la derecha. ¿Es que no me has oído?

Virginia hizo girar el volante y el vehículo abandonó la carretera principal, internándose por el polvoriento camino que conducía a las montañas.

CAPÍTULO VIII

—Sí, señor Blacker, yo conocí a Jim *el Carnicero*.

El hombre que hablaba con Elliot Blacker respondía al nombre de Spencer Kooller. Era dueño de un establecimiento de compraventa de coches usados, muy cerca de la carnicería en la que Jim había ejercido su profesión.

Fue terrible, señor Blacker, una tragedia de verdad. Imagínese una mujer tan bonita como Patricia y morir así, decapitada por su esposo. ¿Y qué me dice de su suegra? Le contaron veintitrés hachazos.

—¿No notó usted en Jim algo raro antes de que ocurriese la tragedia?

—Bueno, como encontrarle algo raro... quizá sí... Pero ¿qué le voy a decir a ese respecto, señor Blacker? ¿No somos todos, al fin y al cabo, raros? Mire, yo tengo un primo que en las noches de tormenta se sube a una terraza y se pone a fotografiar los rayos.

—¿Dónde cree que ha ido Jim?

—¿Adónde? Bueno, imagino que irá donde pueda.

—No lo creo.

—¿No? ¿Por qué, señor Blacker?

—Las personas como Jim tienen una idea fija y da la impresión de que pensó largo tiempo su huida del hospital. Eso hace como posible que pensase también el lugar en que esconderse.

Su interlocutor se rascó una patilla.

—Me temo que no le puedo decir nada sobre ese particular. Jim estuvo aquí.

—No querrá usted decir que estará por las intermediaciones.

—No, señor Blacker.

—Dígame, ¿qué amigos tenía Jim?

—Tenía pocos amigos y ya se puede imaginar el motivo. Jim pensaba que todo hombre que se acercase a él era porque le atraía su mujer. Pero no creo que eso sea una rareza.

Hay muchos tipos así, ¿no cree?

—¿Cuánto tiempo estuvo casado, Jim? —Unos cinco años.

—Antes de casarse debió tener amigos.

—Comprendo por dónde va, señor Blacker. Efectivamente, tuvo un buen amigo.

—¿Quién era?

—Stan Erwin, un muchacho que trabaja en el juzgado. Stan y Jim eran inseparables hasta que Jim se enamoró de Patricia. Entonces, Jim peleó con Stan. Nunca se supo el motivo, aunque cabo suponerlo. Por Patricia, ya sabe.

—Gracias por sus informes, señor Kooller.

—No hay por qué darlas. Ahora lo importante es que encuentren a Jim antes de que mate a la señora Crawford o a cualquier otra persona.

Blacker se dirigió al juzgado.

Preguntó a una muchacha rubia por Erwin y la joven lo dirigió a una mesa, tras la que se hallaba un hombre de pelo encrespado, nariz aguilina.

—Señor Erwin... Soy Elliot Blacker y me llegué aquí para hacerle algunas preguntas.

—Imagino que están relacionadas con Jim Travers.

—Sí.

—Perdone, pero no quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

—Ya contesté a muchos interrogatorios y empiezo a estar cansado.

—Lo siento, pero necesito su ayuda.

—Ya di toda la ayuda que me pidieron cuando tuvo lugar el juicio de Jim.

—Quizá esto sea más importante que el juicio de Jim.

—No lo creo.

—Se trata de capturar a Jim antes de que se vuelva a manchar las manos de sangre.

—La policía ya se ocupa de eso.

—Quiero ocuparme también yo.

—Me ha dicho su nombre, pero no su profesión. ¿También es policía?

—No, no se preocupe. Sólo un abogado.

—¿Por qué se interesa en el asunto?

—Por la señora Crawford. No quiero que a ella le pase nada, y mientras permanezca al lado de Jim Travers, correrá un peligro constante.

Stan se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué quiere saber, Blacker?

—Busco una pista que me conduzca al lugar donde se dirige Jim.

Stan hizo un gesto de asombro.

—¿Cómo puedo saber yo eso?

—Quizá Jim le habló alguna vez de una ciudad que gozara de sus preferencias.

—No, nunca me habló de eso. Jim estaba satisfecho de vivir en Cappetown. Naturalmente, a veces en nuestras conversaciones hablábamos de otros lugares del mundo. Recuerdo que Jim decía que le habría gustado visitar el Tíbet.

—No, no creo que pueda llegar tan lejos.

—Lo mismo opino yo, señor Blacker.

—Quizá Jim fue a algún lado, es lógico que participase en alguna convención, o una asamblea.

—No, señor Blacker, a Jim no le gustaban esa clase de reuniones. Siempre había sido un solitario. A mí tampoco me gustó tener demasiados amigos. Jim y yo congeniamos hasta que apareció Patricia.

—¿Qué pasó por Patricia entre ustedes?

—La conocimos al mismo tiempo. Nos la presentó una hermana mía un día que fuimos a su casa. Patricia estaba allí de visita. Era el cumpleaños de mi hermana y había un poco de fiesta. Enseguida me di cuenta del impacto que Patricia producía en Jim. Recuerdo que bailé una pieza con Patricia y él no nos quitaba ojo... Cuando regresamos a casa, Jim estaba muy exaltado y discutió conmigo por una tontería. Dije que los bocadillos habían estado muy buenos y se puso a llevarme la contraria. No supe hasta más tarde cuál era el verdadero motivo de su animosidad hacia mí. Había empezado a odiarme porque yo había sido el primero en bailar con Patricia.

—¿Qué ocurrió después?

—Jim tenía por costumbre venir por aquí a la hora del cierre de la oficina. Nos íbamos juntos a tomar una cerveza o a pasear. Al día siguiente de la fiesta de mi hermana, no vino, como acostumbraba. Creí que estaba enfermo y pasé por su negocio. Le pregunté por qué no había venido y me dijo que porque no le daba la gana. Unos días más tarde los vi juntos, a él y a Patricia. Me detuve con ellos. Sólo estuve unos minutos hablando y luego me retiré. Dos horas más tarde, Jim me hizo una llamada telefónica diciéndome que yo era un puerco por haber mirado como lo había hecho a su prometida. Puede imaginarse cómo me dejó. Yo no la había mirado como él decía, ni sabía que era su prometida. Pero fue la ruptura entre nosotros. Al cabo de unos meses se casaron.

—¿En Cappelton?

—Sí, desde luego, pero yo no asistí a la boda.

—Imagino que saldrían en viaje de luna de miel.

—Sí, lo hicieron. Yo lo supe por Anne Severa.

—¿Quién es Anne Severn?

—La chica que trabaja en la estación.

—¿Adónde fueron a pasar la luna de miel?

—No lo sé. Pregunte a Anne, quizá ella lo sepa.

—¿No recuerda nada más que pueda servirme?

—No, señor Blacker, ya se lo dije al principio. Le he ofrecido toda mi ayuda... Ah, por si tiene alguna duda, en el juicio contra Jim actué como testigo de descargo. Según dijo el abogado de Jim, mi testimonio sirvió de mucho para que el jurado aceptase la esquizofrenia.

Elliot dio las gracias a Stan y salió del juzgado.

Fue a la estación. Al llegar tropezó con una muchacha de bonita figura, cara de facciones achinadas, que defendía los ojos con gafas de carey.

—Perdone, casi la arrojé al suelo —dijo Elliot.

La joven sonrió.

—Al parecer, los dos tenemos prisa.

—¿Es usted Anne Severn?

—Sí, ¿nos conocemos?

—No, señorita Severn, pero hace un rato estuve charlando con Stan Erwin y él me envió a usted... Verá, señorita Severa, estoy realizando una investigación acerca de Jim Travers.

—Oh, sí... Nuestro pueblo ha adquirido una gran notoriedad gracias a Jim.

—Según me explicó Stan Erwin, usted le dijo que Jim Travers y su mujer salieron de viaje de luna de miel.

—Desde luego, lo recuerdo bien. Jim me encargó los billetes unos días antes de que se celebrase el matrimonio.

—Señorita Severn, ¿recuerda usted el lugar donde Jim viajó con su esposa?

La joven se tomó unos segundos para responder, y luego movió la cabeza en sentido negativo.

—No, señor Blacker. Han transcurrido unos años, cuatro o cinco... Tengo fama de poseer buena memoria, pero sinceramente, no puedo darle esa información.

—Es una pena, porque imagino que no hay nadie que pueda proporcionarme ese dato. —Me temo que no, ya que Jim no tenía ninguna familia en la ciudad. Y en cuanto a Patricia... Bueno, usted ya lo sabe, ella y su madre murieron, y tampoco existe ningún familiar de ellas.

—Disculpe que la haya entretenido.

—No se preocupe, sólo fueron unos minutos, y mi novio está acostumbrado a esperar. Siempre le prometo que llegaré a punto, pero nunca lo cumplo. Hasta la vista, señor Blacker.

Quince minutos más tarde, Elliot entraba en la oficina del *sheriff*. Allí había mucha gente.

—Eh, usted, no puede pasar —dijo un tipo uniformado.

—Quiero hablar con el *sheriff*.

—Lo siento, pero tendrá que esperar. Está muy ocupado.

—Imagino que el asunto que lo entretiene es el de la fuga de los dos desequilibrados mentales.

—¿Quiere que le de un premio por acertar?

—No, agente. Sólo vine para echarle una mano.

—¿Habla en serio?

—Seguro.

—¿Quién es usted?

—Elliot Blacker abogado.

—Espere un momento hablaré con el jefe.

El agente se retiró de la puerta y Elliot encendió un cigarrillo mientras esperaba. Al cabo de un rato entre las personas reunidas,

agentes, periodistas, curiosos, emergió un hombre que se cubría la cabeza con un sombrero «Stetson».

Algunos hombres dispararon el *flash* y otros siguieron al de la placa haciendo preguntas.

—Venga conmigo, señor Blacker —dijo el *sheriff*.

Pasaron a la habitación y el de la estrella se volvió hacia los hombres que pretendían seguirlo.

—Quédense ahí, maldita sea. ¡Luke!

—A la orden, *sheriff*.

—Quédate ante la puerta y no dejes entrar a nadie. Por favor, caballeros, si no se moderan un poco, tendré que desalojar la oficina. ¡No me obliguen a eso!

El de la placa cerró la puerta y pasó el cerrojo. Se volvió quitándose el sombrero y abanicóse la cara con él.

—Está bien, señor Blacker ya puede hablar. ¿Cuál es su información?

—Perdone jefe pero creo que hubo un malentendido.

—¿Qué?

—Mi intención es darle información más adelante, pero ahora la necesito de usted.

—No le entiendo.

—Estoy interesado en la captura de Jim y la señora Crawford.

El *sheriff* hizo una mueca de sarcasmo.

—Estamos salvados. Un abogado se une voluntariamente a la policía. Pero siento decirle una cosa, señor Blacker. Tal como están las cosas, no necesitamos un abogado, sino un prestidigitador, alguien que con dos pases mágicos y un sombrero de copa nos haga aparecer por alguna parte a Jim Travers y a la señora Crawford.

—Trataré de sustituir a su prestidigitador.

—¿De qué forma?

—Quiero respuesta a una pregunta, jefe.

—Está bien, no se demore más. Dispare la pregunta.

—¿Adónde fue Jim Travers en su viaje de bodas?

—¿Quiere repetirlo, Blacker?

—Oyó bien, *sheriff*. Fue ésa la pregunta que hice.

—Oiga, hijo, siento una tentación...

—¿Sí, jefe?

—La de hacer una llamada al hospital de enfermos mentales por

si, aprovechando la que se armó allí después de la fuga, se escapó algún otro loco.

—Muy bien, jefe, marque el número del hospital y cerciórese.

—¡Basta de bromas! —El de la placa respiró profundamente. De pronto, en su cara apareció un gesto de sospecha—. El agente me dijo que es usted abogado.

—Así es.

—¿Dónde ejerce su profesión? Nunca lo vi por aquí antes de ahora.

—Es la primera vez que piso Cappelton.

—Infiernos, Blacker, no me haga perder el tiempo.

—No se enfade, jefe. Tengo instaladas mis oficinas en Detroit.

—Esto está muy lejos de Detroit.

—Estuve disfrutando de mis vacaciones por este condado, *sheriff*, pero ya las terminé y había emprendido viaje a Los Angeles, donde tengo que ventilar un asunto. Ahora es cuando puede hacer esa llamada, pero no al hospital de enfermos mentales, sino a Detroit. Le pueden dar referencias.

—Muy bien, es abogado de Detroit. Haré la comprobación luego. Falta contestar la segunda pregunta. ¿Por qué se metió en este asunto?

—Fui amigo de la señora Crawford. Me llegué al hospital a visitarla, pero su marido no me dejó verla porque, según él, se encontraba muy postrada. Me despedí y continué el viaje. Mientras comía en un restaurante, me enteré de la fuga de los enfermos y decidí llegarme aquí para colaborar.

—Lo creeré, al menos por un rato. ¿Por qué quieres saber dónde pasó Jim Travers su luna de miel? Ya entiendo, supone que Jim puede ir allá otra vez.

—Es posible.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida. Jim Travers huye por donde puede, por donde cree que tiene más posibilidades de escapar. Eso es lo que yo desearía, que se dirigiese hacia un punto fijo. No sé dónde pasó su luna de miel, pero si lo supiésemos, no existe la menor probabilidad en favor de que fuese allí.

—¿No quiere investigarlo?

—No me haga perder el tiempo, muchacho. Es lo malo que tienen esta clase de trabajos, que todo son pistas falsas. ¿Sabe que

hemos detenido a medio centenar de coches? ¿Sabe que mis agentes han hecho un centenar de comprobaciones atendiendo llamadas telefónicas? Sí, señor Blacker... No sé qué es peor, los ciudadanos que se cruzan de brazos y que no quieren saber nada, o los que, en su afán de aparecer en los periódicos, nos ofrecen datos que la mayoría de las veces carecen de fundamento.

—Gracias por la reprimenda, *sheriff* —dijo Elliot, y se dirigió hacia la puerta.

El de la placa soltó un gruñido a su espalda.

—Ahora me tengo que enfrentar con esa gente que espera fuera. ¿Y sabe qué me preguntarán, Blacker? Querrán saber de qué hemos hablado. ¿Se imagina la cara qué pondrían si les dijese la verdad?

—Dígasela. Tiene mi autorización. Hasta la vista.

Dejó otra vez de una pieza al *sheriff* y abandonó la oficina.

Poco después, se introdujo en un bar y pidió un *whisky* en el mostrador.

Había bebido un trago cuando oyó una voz a su espalda.

—Señor Blacker...

Era Anne Severn, la joven que trabajaba en la estación.

—Hola, señorita Severn.

—Gracias a Dios que lo veo de nuevo.

—¿Por qué, señorita Severn?

—Seguí pensando en lo que usted me había preguntado, ya sabe, en el lugar donde Jim Travers había pasado la luna de miel, y lo recordé.

—¿Dónde, señorita Severn?

—Sutton, Nevada.

CAPÍTULO IX

—Jim, nos vamos a quedar sin gasolina —dijo Virginia.

—Estamos a cinco millas de una estación de servicio.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasé una vez por aquí.

—¿Cuándo, Jim?

—Hace mucho tiempo, como un millón de años.

Cruzaban por un páramo en donde sólo crecían los arbustos espinosos.

De vez en cuando, el viento levantaba la arena y el polvo se iba introduciendo en el coche, y manchaba la piel de Virginia dándole el color del cobre.

De nuevo Virginia sintió nacer en su pecho la esperanza. Si se detenían en la estación de servicio, cabía la posibilidad de que las personas que hubiese allí los identificasen. Eso le trajo otra idea.

—Jim, no podemos ir juntos a la estación de servicio. Nos reconocerían. He pensado en una cosa.

—¿En qué?

—Podrías bajar tú por aquí. Yo continuaría hasta la estación de servicio, y después de repostar volvería por ti.

Jim la miró con los ojos entornados.

Virginia sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Volverías por mí, Glenda?

Virginia tragó saliva.

—¿Por qué lo dudas, Jim?

—Bueno. —Jim sonrió—. No hace falta que pases por la prueba.

—¿Qué quieres decir?

—Iré contigo a la estación de servicio.

—Pero ¿qué pasará si nos identifican?

—No te preocupes, nena, déjalo de mi cuenta.

Virginia se estremeció nuevamente.

—No quiero que mates a nadie.

—Cállate.

Virginia vio la estación de servicio entre la nube de polvo.

Era una casa destartalada. Le faltaba un trozo de techo. Las gallinas picoteaban alrededor del poste de la gasolina. No se veía a nadie, pero allá a la derecha, junto a un pozo, había ropa tendida, ropa que estaba sucia y como si hubiese sido excesivamente almidonada.

—Para junto al poste —dijo Jim.

La joven obedeció, y entonces Jim saltó fuera del coche.

—Quédate, Glenda. Eh, ¿hay alguien por ahí?

Se oyó chirriar una puerta y un hombre apareció comisado una gran raja de melón. Era un tipo estafalario, con unos pantalones de pana, raídos por los bordes y una camisa muy gastada, descolorida. Su rostro estaba reseco y tenía el color del oro viejo.

—Hola, míster —saludó a Jim.

—Queremos gasolina.

—Enseguida le sirvo, míster.

Escupió unas pepitas, y tras dirigir una mirada a la raja de melón, la dejó sobre una caja, de la que volaron un centenar de moscas. Se limpió las manos en el pantalón y acercóse al poste. Dirigió una mirada al interior del vehículo, observando con curiosidad a Virginia.

Luego se interesó por poner la gasolina.

Virginia vio a Jim acercarse al muñón de un tronco. El corazón se le encogió al ver lo que había en el muñón. Un hacha.

Jim se quedó quieto mirando el hacha. Finalmente, rompió su quietud y alargó el brazo.

Atrapó el mango del hacha y sacó la hoja de la madera.

La hoja del hacha brilló al recibir los rayos del sol como si hubiese sido bañada en la plata.

Luego, con ella en la mano, regresó hacia el coche.

Virginia no pudo resistirlo más. Bajó a tierra.

—Jim.

Jim se detuvo cerca del hombre que estaba agachado junto al motor.

—Eh, míster —dijo el hombre—. Le falta agua en el radiador.

—Póngala.

—Será cosa de un momento —dijo el hombre, y se marchó hacia el pozo, a cuyo lado había unos cuantos bidones.

Virginia tragó saliva acercándose a Jim.

—No quiero que lo hagas, Jim.

—Nos ha visto, tú misma lo dijiste. Nos identificará.

—No he notado nada raro en su mirada. Ese hombre vive aquí aislado. No tendrá la menor noticia acerca de nuestra fuga.

—Está representando.

—Oh, no, Jim, estoy segura de no equivocarme, no sabe quiénes somos. Para él, está atendiendo únicamente a dos viajeros que se detuvieron en su poste.

El hombre regresaba ya con el bidón de agua que chorreaba sobre la tierra ardiente.

—¿Adónde van? —preguntó.

Virginia casi llegó a soltar un gemido. ¿Por qué hacía preguntas? ¿Por qué no se callaba?

Hubiese querido decide: «Oiga, amigo, no abra la boca. Deje las preguntas para el próximo viajero. Se está jugando la vida y usted no lo sabe. No sienta curiosidad por nosotros porque le puede costar caro».

—Hacia el norte —contestó Jim a la pregunta del hombre.

—Hay un rodeo en Spring Fulney.

—Sí, amigo, hasta allí nos vamos.

—El año pasado el rodeo resultó estupendo. ¿Sabe quién vino? King Lotar. Hace dos meses cobraba mil dólares diarios en Nueva York, ya sabe, en el rodeo del Madison Square Garden.

Virginia vio cómo Jim se relajaba. Tenía el hacha escondida, a la espalda. El hombre de la estación de servicio ignoraba el peligro que estaba corriendo.

—Bien, ya tiene el agua, míster. En ocho horas podrán llegar a Spring Fulney. Siete, si ya no se detienen.

—Iremos derechos a Spring Fulney —repuso Jim.

—Son nueve dólares, míster.

Jim sacó un fajo de billetes del bolsillo.

— Virginia frunció el entrecejo porque pensó que Jim no tendría dinero.

Jim alargó dos billetes de cinco al hombre.

—El otro dólar para usted.

Virginia creyó que ahora Jim arrojaría el hacha hacia el muñón de donde la había atrapado, pero se movió de frente hacia el coche, con el arma a la espalda y se metió en el coche.

—Buen viaje, míster.

La joven puso en marcha el motor y el auto se alejó de la destartada estación de servicio.

Jim hizo reposar el hacha sobre sus piernas.

—¿Por qué has cogido eso Jim?

—De pronto me acordé de que no teníamos ningún arma.

—No la necesitamos.

—Recuerda lo que oímos por la radio, nena. Somos perseguidos como dos perros rabiosos, la jauría aún está lejos, pero podrían acercarse. —Sonrió doblando la boca—. Que se acerquen a nosotros, si pueden. Entonces me conocerán bien.

—Jim, olvidas algo. Ellos tienen armas de fuego y me temo que esa hacha no servirá de nada.

—¿Quién sabe? —dijo Jim, y acarició con la yema del dedo el filo del hacha—. Todo depende de cómo se maneje un instrumento como éste, y yo sé hacerlo. Recuérдалo, fui carnicero.

Le dio un tono especial a sus últimas palabras, que hizo temblar a Virginia.

Continuaron el viaje en silencio, y al cabo de un rato, Virginia preguntó:

—¿De dónde sacaste el dinero?

—Alguien nos ayudó mucho.

—¿Te refieres al muchacho?

—Sí. Necesitábamos su auto y sus billetes. Se encontró con algo mucho mejor. Con la vida... Tú te salvaste.

Virginia quiso cambiar de tema.

—Jim, tenemos que volver a la estación de servicio.

—¿Para qué?

—Tengo hambre.

—Oh, sí, pensé en ello, pero haremos un alto cuando nos convenga. Podrás resistirlo, ¿verdad, nena?

—Sí, creo que podré.

—Así me gusta. Tú y yo llegaremos lejos.

—A Sutton Nevada.

—Sí, nena. A Sutton.

—¿A qué fuiste la otra vez a Sutton?

—Fui con la mujer a la que yo amaba.

—¿Tu esposa?

—Sí, mi esposa. Pasamos allí cinco días maravillosos.

Virginia se mojó los labios con la lengua pensando que en Sutton habría personas que reconocerían a Jim. Quizá eso fuese bueno para ella.

—¿Es bonito aquello?

—Tiene un lago rodeado de montañas donde crecen los abetos. A Patricia le gustó mucho. Por las tardes nos sentábamos en el borde del lago y ella arrojaba guijarros al agua. Yo la tenía entre mis brazos y le acariciaba el cabello. Patricia tenía el cabello más hermoso que he visto en mi vida.

—La querías mucho, ¿verdad?

—Más que a nada en el mundo. —Jim la miró sonriendo—. Pero ahora te quiero a ti más que a nada en el mundo también.

—Mi cabello es rojizo. ¿También el de ella era rojo?

—No. El de Patricia era rubio, pero las dos tenéis muchas cosas en común.

—¿El qué, Jim?

—Los ojos. Los tuyos son tan grandes como los de ella y del mismo color, y tu boca también es como la boca de Patricia. Pienso que cuando te abrace y cierre los ojos, la estaré abrazando a ella.

—Jim, creo que no me quieres.

—¿Por qué dices eso?

—Sólo estás viendo en mí una imagen de tu mujer.

—Es posible.

—Sigues queriendo a Patricia.

—No.

—Sí, Jim, la sigues queriendo a ella.

—¡He dicho que no!

Las manos de Jim se crisparon sobre el mango del hacha.

—Está bien, Jim, no seguiremos discutiendo.

—Es mejor que sea así. No me gusta que me contradigas.

Se echó a reír, diciendo:

—Es lo que perdió a Patricia.

—¿El qué, Jim?

—Me contradecía mucho.

—Eso es cosa corriente entre marido y mujer cuando se lleva algún tiempo casados.

—Oh, sí, lo olvidaba. Tú también tienes a tu marido, el doctor Crawford. El maldito y condenado doctor Crawford. ¿Sabes una cosa? Es el tipo que yo quisiera tener frente a mí en este momento. Entonces utilizaría el hacha. Te juro que lo haría.

Sus labios compusieron una mueca.

—No me gusta que me hables de matar, Jim.

—Estaba hablando de tu esposo.

—También es un ser humano.

—Tengo mis dudas. ¿Sabes lo que me parecía el doctor Crawford cada vez que lo veía?

Un reptil... Sí, nena, eso era, un asqueroso reptil al que de buena gana hubiese reventado la cabeza.

Virginia sentía náuseas.

—Jim, ¿me puedes sustituir al volante? Tengo sueño.

—Sí, nena, te sustituiré. Para y cambiaremos de sitio.

Virginia paró el vehículo e hicieron el cambio.

Jim dejó el hacha a sus pies.

Virginia creyó que Jim pondría enseguida el coche en movimiento, pero él se quedó quieto, mirándola.

—Eres muy bonita.

—Gracias.

—Todavía no te he besado.

Virginia se estremeció de pies a cabeza. Estaban en un lugar solitario.

Oh, no, no podía consentir que Jim la besase. Era algo superior a sus fuerzas.

Oyó a su voz interior: «Lo has podido soportar hasta ahora porque apenas rozó tu piel, pero ahora las cosas van a cambiar, Virginia. Es un oso. Nada podrás hacer contra sus brazos. Si te atrapa, estás perdida».

Jim alargó la mano y le tomó una guedeja del cabello.

Instintivamente, Virginia fue a apartar la cabeza, pero no lo hizo en el último instante porque pensó que eso sería mucho peor.

—Jim, recuerda que tengo hambre. Hemos de comer en alguna

parte cuanto antes.

—Quedamos en que eso podría esperar.

—Eso creía yo, pero se me hacen nudos en las tripas. Tengo vacío el estómago. Es como si tuviese un gato aquí dentro y me estuviese arañando.

Él le soltó el cabello.

—Está bien, nena, nos preocuparemos enseguida de alimentar ese gato.

Puso en marcha el automóvil y éste se deslizó por el camino polvoriento.

Virginia cerró los ojos dando un suspiro. Otra vez había pasado el peligro, pero ¿hasta cuándo se mantendría quieto Jim? Llegaría un momento en que no lo podría dominar, y entonces... Prefirió no pensar en ello.

Corrieron por espacio de dos horas sin encontrar una sola casa en la ruta.

Pero de pronto apareció un edificio al doblar una curva. Estaba a lo lejos, a unos quinientos metros. A un lado de la casa había un camión. Las letras se destacaban sobre la fachada: Restaurante Mortimer.

—Pararemos ahí —dijo Jim.

—Estupendo.

—Pero tú te quedarás.

—¿Qué vas a hacer, Jim?

—Bajaré y compraré comida y algunas botellas de cerveza. Comeremos lejos de aquí.

—¿No será eso más sospechoso?

—No. Está decidido.

—De acuerdo, Jim.

Ya lo tenía pensado. En cuanto Jim entrase en el restaurante, ella huiría en el automóvil. Con eso acabaría la aventura. Jim tendría que huir por sí mismo y no se llevaría el hacha porque ésta quedaría en el coche. Correría mucho hasta encontrarse con alguien y entonces la policía entraría en acción. Sí, ése era el mejor plan.

—Me pondrá delante del camión por si necesitamos salir enseguida —dijo Jim.

Se puso delante del camión y miró a la joven.

—No te muevas de aquí.

—Desde luego que no.

Entonces, Jim quitó las llaves de contacto y las guardó en el bolsillo. Virginia quedó rígida.

—¡Jim!

—¿Qué quieres, nena?

Iba a pedir una tontería, que le dejase las llaves de contacto. Sin embargo, dijo:

—Jim, me gustan con mucha mostaza.

—De acuerdo, nena.

Jim bajó del coche y cerró la portezuela con fuerza.

Virginia lo vio entrar en el restaurante.

Bueno, ¿qué hacía allí? ¿Por qué no abría la portezuela y echaba a correr?

Saltó del coche.

Titubeó un instante. Podía entrar en el restaurante, pero ¿cuántas personas habría allí? Quizá fuesen dos, pero ¿qué podían hacer contra Jim? Oh, no, Jim era un hombre fuerte. Sólo podía huir hacia la montaña, que estaba al fondo, alejarse de la casa.

Echó a correr.

Sólo había avanzado unos diez metros cuando de pronto oyó su voz.

—¡Glenda!

—Se detuvo como si hubiese tropezado contra un muro. Jim estaba quieto junto a la puerta.

CAPÍTULO X

—¿Adónde vas, Glenda? Vuelve al coche.

Los puños de Jim estaban cerrados sobre los muslos.

Virginia dio otra vez media vuelta y siguió corriendo hacia la montaña. El corazón le golpeó muy fuerte en el pecho al oír los pasos de Jim a su espalda.

—¡Párate, Glenda!

Pero lo que hizo Virginia fue correr más. Tenía que huir de él, alejarse de aquel loco.

De pronto tropezó contra una piedra y cayó.

Se revolvió jadeando y lo vio detenerse cerca de ella, las piernas abiertas en compás, el rostro transfigurado por una mueca de rabia.

—Maldita, me ibas a abandonar.

—Jim, tengo miedo.

—¿Tienes miedo de mí?

—Sí, Jim. Sólo has hablado de matar. Te lo dije... No sabía que eras un asesino.

Jim se agachó sobre ella, la atrapó por el cabello y le levantó la cara dando un tirón.

—No quiero que huyas otra vez de mi lado, Glenda. Es la última vez que lo haces. Si lo vuelves a intentar, juro que te reventaré la cabeza. ¿Lo oyes bien?

—Si, Jim.

Quizá los estaban escuchando porque al oír los gritos hubieran salido del restaurante.

Jim la atrapó por el brazo clavándole los dedos en la carne y le dio un empujón.

Virginia miró hacia la puerta del restaurante. No, ninguna persona había allí. Nadie había salido para curiosear, o quizá

habrían considerado aquello como una riña normal entre marido y mujer.

—Será mejor que vengas conmigo —dijo Jim—. Así no sentirás otra vez la tentación.

Entraron en el restaurante. Un hombre dormía tendido en un banco ante una mesa de mármol. Debía ser el camionero.

Detrás de la barra había un tipo calvo, viejo, en cuya cara se dibujaba la maldad. Sus ojos miraron con interés a Virginia.

—Se le largaba, ¿eh, amigo?

—Eso hizo.

—Todas las mujeres son iguales. A mí también se me fugó la mía hace quince años. La muy puerca...

Virginia vio reflejado el odio en sus ojos. No, no le serviría, y tampoco le serviría el otro, el camionero, porque estaba durmiendo.

—Ya tiene listos los bocadillos —dijo el hombre al que se le había fugado la mujer—. Son cuatro dólares.

—Olvidó las botellas de cerveza —habló Jim.

—Oh, sí, perdone. Ha sido culpa de su muñeca... Es muy hermosa.

Los ojos de Jim chispearon.

—Métase en sus cosas, amigo.

—Sólo quise halagarle a usted porque eligió una mujer como ella. Apuesto a que por donde va, todos los hombres se le quedan mirando. Ella es de esa clase, de las que gustan a todos.

—Cállese o le rompo la nariz.

El calvito dio un respingo. Miró a Jim, temeroso.

—Está bien, me callaré.

Puso las botellas de cerveza en un cartucho que alargó a Jim.

—Es un dólar cincuenta más.

Jim pagó el importe de todo e hizo una señal a Virginia para que lo precediese en la salida.

Otra vez se encontraron en el interior del coche.

Jim se había puesto ante el volante.

No hablaron hasta que estuvieron lejos de la estación de servicio.

—Come, Glenda.

—No tengo apetito.

—Dijiste que lo tenías, maldita sea.

Virginia tomó un bocadillo y se puso a comer.

Jim también comió.

—Abre dos botellas.

Virginia abrió las botellas. También ella tenía sed.

Cuando terminaron de comer, la joven apoyó la cabeza en el respaldo. Jim estaba sumido en sus pensamientos.

Debía dormir, olvidarse del loco. Estaba muy cansada. Cuando Jim la tocara, se despertaría, estaba segura de ello. Pero Jim no la tocó.

Al despertar, vio que la tierra estaba siendo envuelta por las sombras.

—¿Con quién soñaste? —preguntó Jim.

—Con nada.

—No se puede soñar con nada. Cuando uno duerme, siempre se sueña.

—No siempre, Jim.

—Ha sido otro hombre, ¿verdad?

—No, Jim, no soñé con ningún hombre.

—Bueno, lo dejaremos así.

Hubo una pausa, y luego Virginia preguntó:

—¿Falta mucho para llegar?

—No. Ya estamos al final de nuestro viaje.

El paisaje había cambiado. Se veían abetos por las montañas que se alzaban a un lado y otro del camino.

El automóvil subió una empinada cuesta, y de pronto, el lago se ofreció ante ellos.

—¿Te gusta, nena?

—Sí, es maravilloso. Pero ¿dónde está la ciudad?

—La ciudad queda a la otra parte, pero no iremos a ella. —¿Por qué no?

—Porque nos quedaremos en la cabaña.

—¿Qué cabaña?

—En la que mi mujer y yo pasamos aquellos cinco días. Otra vez se apoderó la angustia de Virginia. Iba a estar con Jim, a solas, en aquella cabaña.

Pero no podremos entrar.

—Claro que podremos. Hay un viejo allí. Bueno, si es que continúa vivo. Es un tipo que sabe cómo no estorbar. Le daré algún

dinero y se marchará por el tiempo que yo le diga.

Allí tendremos alimentos. No necesitaremos ir a la ciudad para aprovisionarnos.

—¿Cuánto tiempo estaremos en la cabaña?

—¿Te importa eso ahora? Se acabó el peligro, nena. En la cabaña estaremos seguras. —Jim rió—. ¿Te lo dije, verdad? Te aseguré que llegaríamos y hemos llegado. Dejamos a esos polis con un palmo de narices.

Virginia descubrió la cabaña. Estaba en la ladera. Había un pequeño embarcadero en el lago. En el porche, un viejo estaba sentado en una mecedora.

Jim detuvo el vehículo junto al porche y saltó fuera.

—¿Se acuerda de mí, Eric?

El viejo de pelo blanco se levantó de la mecedora, apartó la pipa de los labios y sonrió, mostrando sus encías desdentadas.

—Claro que me acuerdo. Usted vino por aquí hace algunos años, pero olvidé su nombre.

—Jim.

Vino con su mujer, ¿verdad? —El viejo dirigió una mirada a la joven que había saltado del coche—. Pero apuesto a que no es ella.

—No, no lo es.

El viejo se echó a reír.

—Bueno, todos acaban así.

—Quiero alquilarle la cabaña por unos días, Eric.

—Llega en un buen momento. Pensaba marcharme al pueblo a casa de mi hermana. Últimamente, el reuma apenas me deja. Necesito un tratamiento. Dijo el doctor que no debía descuidarme.

—Estupendo, Eric. Puede ir a la ciudad y apuesto a que el doctor le pone bueno.

—Seguro, Jim.

—Pero quiero pedirle un favor, Eric, no diga a nadie que estamos nosotros aquí. No es necesario.

Eric miró a la joven.

—Comprendo que con una chica así no quiera ser molestado.

Los ojos de Jim brillaron como cuando el calvo del restaurante Mortimer habló de la joven.

Jim se interpuso entre Virginia y el viejo para que éste dejase de mirarla y le entregó una bola de billetes.

—Aquí tiene veinte dólares. Dentro de unos días le daré más.
¿Tiene provisiones?

—Sí. Podrán pasar durante tres o cuatro días y, luego les traeré más si deciden quedarse.

—Es posible que nos quedemos.

Eric guardó la bola de billetes sin contarlos.

—Sólo tengo que recoger mi abrigo.

Entró en la cabaña y salió enseguida, encaminándose hacia un viejo coche que estaba a un costado de la casa.

El viejo se detuvo un momento y miró primero a la joven y luego a Jim.

Espero que disfruten —soltó una risita—. No, no creo que se aburra, Jim.

Jim apretó los dientes mientras Eric subía a su coche. Fue una suerte para Eric que se marchase enseguida. Cuando el viejo vehículo se alejaba por el camino, Jim dijo:

—Maldito sea. Un poco más y le hubiese cascado la cabeza como un huevo.

Dio la vuelta y miró a Virginia.

—¿Qué haces ahí quieta? Entra de una vez en la cabaña.

Virginia había desistido de decir nada al viejo, porque comprendió enseguida que él estaría de parte de Jim y que una petición de socorro sólo hubiese hecho que agravar su situación, precipitar los acontecimientos.

Entró en la cabaña seguida de Jim y sintió cómo le temblaban las rótulas cuando él cerró la puerta a su espalda.

—Glenda...

Ella se volvió sintiendo que el corazón le latía con más fuerza.

—¿Qué quieres, Jim?

—Es curioso.

—¿Qué es curioso, Jim?

—Es como si el tiempo hubiese retrocedido, como si esta escena la viviese por segunda vez. Sí, eso es... Tú estás donde estaba ella. Igual. No ha cambiado nada... Los mismos muebles, la misma pared, el techo que tienes sobre la cabeza. Patricia estaba ahí, donde tú estás. Acabábamos de llegar después de nuestro matrimonio.

—¿No pasó nada durante el viaje?

—Nada. Igual que ahora, porque tampoco ha pasado nada entre tú y yo durante el viaje.

—¿Vinisteis también en coche?

—No, en tren hasta Sutton. Luego, el viejo Eric nos trajo en su coche, en el mismo automóvil con que se acaba de marchar. También nos dejó solos. Y entonces Patricia se volvió hacia mí y nos miramos igual que tú y yo estamos ahora. Era la primera vez que ella y yo estábamos a solas.

El pánico se iba apoderando de Virginia.

Jim echó a andar hacia ella.

—Sí. Glenda. Todo está volviendo a ocurrir.

Había llegado el gran momento. La joven retrocedió.

—Quédate ahí quieta —dijo Jim, con aspereza.

—Jim, tengo que hacerte una confesión importante.

—Ya lo dirás luego.

—No. Ha de ser ahora. No soy Glenda... Te lo aseguro, Jim. No soy Glenda.

Jim se echó a reír.

—Muy bien, no eres Glenda. ¿Y qué?

—¿Te das cuenta? Tú estás enamorado de Glenda, la esposa del doctor Crawford. Hay una terrible confusión. Yo nunca estuve en el hospital del doctor Crawford hasta unas horas antes de que huyese contigo. Me secuestraron. El doctor cometió también el mismo error.

—¿Por qué me explicas esa historia?

—¿Es que no te das cuenta, Jim? Te estoy diciendo la verdad.

No me importa tu nombre. Para mí eres Glenda.

—Te repito que no soy la mujer de la que tú te has enamorado.

Virginia continuó retrocediendo porque Jim no se detenía en su camino hacia ella.

—Jim, por favor. Deja que me marche.

—¿Qué tontería es ésta?

—No te traicionaré. Te lo aseguro. No diré que estás aquí. Tú puedes quedarte.

Jim se lanzó sobre la joven.

Virginia no pudo burlar la acometida.

En un instante se sintió prisionera entre los fuertes brazos de Jim.

Le pegó un zarpazo en la cara.

Jim lanzó un aullido y la dejó libre. Virginia aprovechó el momento para apartarse de él. La sangre brotó en la cara de Jim. Dos gotas le corrieron hasta el cuello.

—Jim, te juro que he dicho la verdad. No soy Glenda Crawford; Mi nombre es Virginia Dix.

—Patricia... Glenda... Virginia... ¿Qué más da un nombre? Tú eres lo que importa. Sólo eso, nena. Tú solo...

Se pasó el dorso de la mano por la cara y miró la sangre.

—No quería hacerte eso, Jim.

—No tiene importancia —rió él.

—No podemos continuar.

—¿Por qué no? A mí me gusta. Esto es lo nuevo... Sí, nena, Patricia no se comportó como tú. Ella fue dócil, sumisa. Me quería... Y todo lo que pasó aquí después fue hermoso.

Virginia se dijo que si llegaba hasta la puerta podría escapar. Se juró a sí misma que esta vez Jim no la atraparía. Si lograba salir de la cabaña correría como nunca lo había hecho en su vida. El terreno accidentado le serviría de ayuda. No, Jim no le daría alcance. Ella se movería con más ligereza que él y tendría mucho cuidado en no tropezar como lo había hecho en el restaurante Mortimer.

—Jim, no me encuentro bien.

—¿Qué te pasa, nena?

—Tengo una fuerte jaqueca.

—Se te pasará.

—Siéntate un rato, Jim.

—Te he dicho que no puedo esperar.

Virginia se iba acercando a la puerta. Otro metro y lo habría conseguido. Jim estaba demasiado lejos porque avanzaba más despacio y con pasos más cortos que ella.

Pero de pronto, él echó a correr.

Virginia llegó a la puerta, aunque Jim lo hizo al mismo tiempo.

Virginia sólo pudo abrir unas pulgadas. El cuerpo poderoso de Jim cayó sobre la joven.

Jim la había atrapado de nuevo por la cintura y la atrajo hacia sí.

Ella le clavó la rodilla en el estómago.

Jim lanzó un gruñido y se tambaleó, pero no soltó a Virginia y la

llevó consigo.

—¡Suéltame, Jim! ¡Suéltame!

—Quiero que todo sea igual que entonces.

Te odio, Jim, te odio. ¡Eres un asesino! ¡Estás loco! ¿Lo oyes? ¡Loco!

La mano de Jim subió al cuello de Virginia.

—¡No digas eso! ¡Maldita sea, no lo digas, Glenda, o te estrangulo!

—¡Estás loco! —gritó otra vez la joven, fuera de sí.

El siguió apretando.

El aire huyó de los pulmones de Virginia.

—Te voy a matar, maldita. ¡Te ahogaré! Esta vez no tengo el hacha, pero será lo mismo para ti, ¿lo oyes? ¡Será lo mismo!

Virginia pensó que había llegado su última hora.

Trató de apartar los dedos como garfios de su cuello, pero las fuerzas la abandonaron, igual que cuando le administraron la inyección en el hospital de enfermos mentales. También vio espesas nubes ante sus ojos.

—Tú eres igual que Patricia. Igual. Lo mismo... Me engañaste, lo supe, pero vas a recibir tu merecido igual que lo recibió ella. Te mataré como a Patricia.

De pronto, se abrió la puerta, y una voz tronó:

—¡Déjela, Jim!

Jim Travers soltó a la joven, que cayó en el suelo, pero Virginia no había llegado a perder el conocimiento.

Se había hecho un gran silencio en la estancia.

Alzó poco a poco la cabeza y vio a los dos hombres enfrentados, a Jim y a un rabió de cara bronceada que ocupaba el hueco de la puerta.

—¿Quién es usted? —dijo Jim.

—Elliot Blacker. Y será mejor que se entregue, Jim. Ya acabó su carrera.

Jim rió.

—Lo voy a matar. Ésa va a ser mi respuesta. Voy a matarlo.

CAPÍTULO XI

—Es preferible que se esté quieto, Jim —dijo Elliot Blacker.

—Me estaré quieto... cuando *haya*, acabado con usted.

Jim se lanzó sobre el rubio. Éste lo recibió estrellándole el puño es el pecho.

Eso detuvo a Jim. Luego la izquierda percutió en su maxilar inferior, pero era fuerte como una roca y se rehízo enseguida.

Rió por la raja de la boca.

—Te ha salido un defensor, nena. ¿Quién es?

Virginia miraba perpleja a aquel hombre al que conocía. Después de todo, pensó, podía ser uno de los muchos policías que andarían tras ellos.

—Jim, quiero que se entregue por las buenas —dijo aquel hombre.

—No sabe lo que se dice.

—Todo acabará bien.

—Oh, sí, todo acabará bien para los malditos polis. Yo volveré a ser encerrado con el doctor Crawford, usted saldrá en los diarios, será todo un personaje. ¿Es así como quiere que acabe la historia?

—No puede haber otro final.

—Claro que lo habrá. Y yo le diré cuál va a ser... Le voy a saltar los sesos. ¿Le gusta?

—No, Jim. No puede gustarme.

—Usted no logrará impedir que ocurra eso, muchacho. No lo logrará porque yo soy el más fuerte. En cuanto lo atrape, le haré crujir los huesos. Usted también los oirá crujir antes de que le de el golpe de gracia. Será en la cabeza y todo se acabará para usted, ¿lo oye? Todo. Incluidos sus sueños de héroe.

Jim se abalanzó hacia su rival.

El rubio falló su derecha porque Jim giró sobre sus pies.

El loco descargó su puño, que tenía la fuerza de una maza.

Elliot Blacker recibió el golpe en el hombro y tuvo la impresión de que todo un edificio se derrumbaba encima de él.

Estrelló las espaldas contra la pared. Sus piernas se doblaron. Por fortuna para él, Jim no lo siguió para rematarlo porque estaba demasiado seguro de su ventaja. —Eso fue solo el comienzo— rió Jim—. Ahora vendrá lo demás.

Virginia se levantó.

Dirigió una mirada a su alrededor. Vio un rifle sobre la pared y corrió hacia él.

Jim se acercaba de nuevo al rubio, haciendo balancear sus brazos.

Elliot Blacker se había quedado inútil de una mano. Sólo podía servirse de la otra. Sabía que tenía muy pocas probabilidades.

Con la mano sana atrapó una silla, pero Jim pegó un puntapié a la misma y ésta voló por el aire.

Ésta es una lucha de hombre a hombre, rubio... Nada de trucos.

De pronto, se oyó la voz de Virginia:

—¡Alto, Jim!

El grandullón volvió la cabeza y se quedó perplejo viendo a la joven que lo estaba apuntando con un rifle.

Deja esa arma. Glenda.

Siéntate, Jim.

—¿Para qué quieres que me siente?

—Ya oíste al señor Blacker. Terminó tu carrera.

—Estúpida. Y también la tuya. Eres la señora Crawford. Te escapaste conmigo de aquel hospital. Nos encerrarán a los dos otra vez.

—No, Jim, te lo dije antes y te lo repito ahora. No soy la señora Crawford.

—No podrás engañar a nadie con esa fábula.

—Yo la creo —dijo el rubio.

—Oh, sí, usted la cree porque le conviene. Le ha salvado la vida. ¿Es que no te das cuenta, Glenda? El te da la razón, pero yo sé lo que harán con nosotros... Nos llevarán a aquellas celdas... Otra vez nos tendrán en su poder encerrados como fieras, con las ventanas defendidas por barrotes.

—Tranquilízate, Jim —dijo Virginia.

Pero Jim estaba llegando al paroxismo.

No, no podía tranquilizarse. Su respiración era cada vez jadeante, sus ojos se congestionaban.

—Ya comprendo —dijo—. Le gustaste a él, Glenda... Es por lo que se llegó aquí... Me vas a traicionar con este rubio...

—Deja de pensar ya en eso, Jim —repuso Virginia.

—No puedo dejar de pensar porque eres como Patricia. Ella también me engañó con un hombre.

El rubio se movió hacia la joven.

—Deme ese rifle.

De pronto Jim echó a correr.

—¡Párate Jim echó a correr!

—¡Párate o disparo! —gritó Virginia.

Pero Jim no se detuvo, abrió la puerta y desapareció en un instante.

Elliot arrebató el arma a Virginia y salió por la puerta en pos de Jim.

Pero ya Jim había desaparecido.

Dio la vuelta a la casa y por un momento lo vio a lo lejos. Se echó el rifle a la cara para dispararle sobre las piernas, pero Jim desapareció entre unas rocas. Oyó pasos a su espalda y Virginia se llegó junto a él. —Logró escapar— dijo Elliot.

—Lo siento.

—¿Por qué no disparó sobre él?

—No tuve valor.

—Sí, la comprendo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Iremos a Sutton y avisaremos al *sheriff*. Alquilé un coche y es un buen devorador de kilómetros. Llegaremos en inedia hora... Ande, venga, no podemos perder tiempo.

Elliot había dejado el coche entre los árboles. Era un «Ford» modelo tres años atrás. —Yo conduciré— dijo la joven—. Usted no puede con el brazo lastimado.

—Gracias.

Pero dígame el camino.

Elliot se lo señaló y, cuando ya corrían, Virginia rompió el silencio.

—Dígame ahora quién es realmente usted.

—Elliot Blacker, abogado de Detroit.

—Comprendo, se llegó a la cabaña para solucionar algún asunto relacionado con el viejo Eric.

—No. Llegué hace un par de horas a Sutton en avión. Estuve preguntando por ustedes, pero no logré nada. Dije que estaba dispuesto a premiar con cincuenta dólares los informes y tampoco dio resultado. Entonces me puse a telefonear a las estaciones de servicio y restaurantes que hay en el camino de Sutton, preguntando si ustedes habían pasado por allí. De esa forma di con un tal Mortimer, y me informó de que habían estado en su local. Desde el restaurante de Mortimer hacia la ciudad sólo existía esta cabaña. Me hablaron de Eric como un hombre poco escrupuloso. Me dirigía hacia acá cuando tropecé con él por el camino. Lo interrogué sobre ustedes y logré que me dijese la verdad.

—Corrió un gran riesgo viniendo usted sólo aquí, sin armas.

—La verdad es que no había confiado mucho en encontrarlos. Me llegué a Sutton por una corazonada.

—¿Trabaja para el *sheriff* de Cappeltown?

—No.

—¿Es verdad que es abogado?

—Desde luego.

La joven lo miró con curiosidad.

—Mintió a Jim, ¿verdad?

—¿Sobre qué?

—Acerca de que creía mi historia.

—La creí.

—Pero ¿qué sabe usted de mí?...

—Usted es Virginia Dix, nació en un pueblo de Kentucky y últimamente estuvo trabajando en un teatro llamado Candilejas, del que es dueño un individuo llamado Maurice Nagel.

La joven se quedó perpleja.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Es la mar de sencillo. Yo estaba entre el público cuando usted hacía su número de *strip-tease*.

—¿Usted? —dijo Virginia asombrada.

—Me interesé por usted y decidí visitarla en su camerino. Pero usted ya no estaba en el teatro. Sin embargo, me encontré con su

compañera Alice Nissen: Ella me contó una historia que parecía sacada de *Las mil y una noches*. Dos hombres se la habían llevado.

—Era verdad.

—Sabía que era verdad.

—Sigo sin comprenderlo. ¿Cómo supo que yo no era esa embustera? Después de todo, Glenda Powell es una perturbada mental.

—Eso tiene fácil explicación. Yo conocí a Glenda Powell.

Pero, al parecer, ella y yo somos exactas.

Hay una diferencia entre ustedes.

—¿Cuál?

—La cicatriz de la pierna derecha, a la altura del muslo, Glenda la tiene y usted no.

—De modo que así supo que yo no era Glenda Powell.

—Me llegué al camerino para hablar con usted.

—¿De qué quería hablarme?

—De nada en particular. La habría invitado a cenar.

—¿Quiere decir que le gusté?

—Sí.

—Usted estaba enamorado de Glenda Powell.

—Es posible.

—Y ella se casó con otro hombre, con el doctor Crawford...

—Ya estaba casada cuando yo la conocí. En realidad hablé muy poco con ella. La conocí en Miami, cuando fue a pasar allí unos días, sin su esposo. —Hizo una pausa—. Volviendo al camerino, después de hablar con Alice, me di cuenta de que usted era una víctima de las circunstancias. Unas semanas atrás me había informado de que Glenda Powell estaba internada en el hospital de su marido como una paciente. Bueno, ya puede imaginar todo lo demás. Me enteré de que Glenda se había fugado del hospital, e imaginé que usted habría sido confundida con ella y que iba a ocupar el lugar de la esposa del doctor Crawford.

—Si sabía todas esas cosas, ¿por qué no llamó a la policía?

—Porque no podía probar nada y, por otra parte, estaba dispuesto a resolver el misterio. Visité al doctor Crawford.

A continuación Elliot hizo un relato de lo que había hablado con el psiquiatra. Luego agregó:

—Naturalmente, no era cierto que iba a continuar el viaje a Los

Angeles. Estaba dispuesto a resolver el enigma. Soborné a uno de los enfermeros y me habló de cierto romance entre el doctor Crawford y su secretaria. Entonces empecé a pensar en que ni siquiera Glenda estuviese enferma. Ella tenía mucho dinero, millones...

—Y usted creyó que el doctor Crawford se quería desembarazar de su mujer y que ella huyó en cuanto se le presentó una oportunidad.

—Exactamente.

—Pero, si es así, ¿dónde está ella?

—También me gustaría a mí dar con su paradero porque sólo de esa forma el doctor Crawford pagará lo que ha hecho.

* * *

—¿Qué se sabe de Glenda, Edward? —preguntó Martha Craven. El doctor acababa de entrar en su oficina. Se quitó el sombrero.

—Todavía nada.

—Pero ¿dónde pueden haberse metido?

—¿Y yo qué sé?

Martha llegó al lado de Crawford y le echó los brazos al cuello.

No estés nervioso, querido.

No lo estoy... Sólo un poco preocupado, como es lógico.

—Seguro que ya has acertado, Edward. Jim *el Carnicero* ha matado a tu mujercita.

—Espero que así sea.

De repente, el teléfono se puso a sonar.

—Contesta tú, Martha. Si no es alguien para anunciar noticias de Glenda, mándalo al infierno.

Martha atrapó el auricular.

—¿Sí?... Hola, Henry... Sí, el doctor está aquí, pero si no es importante puedes decírmelo a mí... Está bien... —La joven alargó el micro al doctor—. Henry está muy emocionado. Dice que tiene que decirte algo muy urgente.

—¿Qué pasa, Henry? —Ladró Crawford.

—Doctor, ya la tengo.

—¿A Glenda?

—Sí.

Crawford quedó muy impresionado. Tragó saliva.

—¿Muerta, Henry?

—No, doctor. Está vivita y coleando.

—Déjate de bromas.

—Oh, perdón, estaba hablando de su mujercita...

—¿Dónde la encontraste, Henry?

—Le estoy hablando desde Falconville.

—Eso está muy cerca de aquí.

—Sí, doctor, a sólo doce millas. Tengo aquí mi chica y vine a pasar un rato con ella.

No digas ahora tonterías, Henry. Te pregunté dónde la encontraste.

—A la entrada de una cueva.

—¿Cómo?

—Sí, doctor. Es para no creérselo, ¿verdad? Me llevé a mi chica a las afueras de la ciudad y de pronto vi a Glenda saliendo de uno de los agujeros que hay en las montañas. La chica tenía muy mal aspecto, sucia, con la ropa deteriorada. Parece haber envejecido unos cuatro años.

—¿Dónde está ahora?

—Descanse, doctor, no la entregué a la policía.

—Y a había imaginado que no ibas a cometer esa estupidez. ¿Dónde, te pregunté?

—Espere, doctor, no tenga tanta prisa. Le he hecho un buen servicio.

—Sí —dijo Crawford tratando de serenarse.

—¿Qué le parece si me paga cinco mil dólares?

—¿Qué clase de bandido eres, Henry?

—Vamos, doctor, no diga esas cosas... Todos somos buenos muchachos y hemos de comprendernos... Es mejor así que andar a la gresca.

—Está bien, Henry, tendrás tus cinco mil dólares.

—Al contado.

—No seas estúpido. No tengo tus cinco mil dólares ahora. Sólo dos mil. El resto te lo daré en un talón.

Espere un momento que lo piense, doctor.

Maldito seas, Henry. No puedo esperar más.

—Correcto, doctor; dos mil al contado y un talón de tres mil que

me traerá usted si quiere tener a la chica.

—¿Dónde está ella?

—En la misma cueva que la encontré.

—¿No la habrás dejado sola?

—Oh, no, doctor, ¿cómo iba a hacer eso?... Mi chica, que es una muchacha de muchas ideas, se quedó guardándola. Su mujer está muy débil.

—Ella no podrá hacer nada contra Jim *el Carnicero*. ¿Es que no te das cuenta?... Deben de estar juntos, pero sólo la encontraste a ella porque Jim se largó de la cueva en busca de alimento.

Henry se echó a reír.

—Doctor, tengo razones para decirle que Jim no está en la cueva ni en los alrededores.

—Si has cometido un error, te juro que lo vas a pagar caro, Henry.

—Ande, doctor, venga acá y apuesto a que se cae de la sorpresa que le preparo... Es el camino del Este, antes de llegar a Falconville. La montaña está a la derecha. Le llaman la del Jefe Indio porque una de las crestas parecen las plumas de un piel roja.

—Iré enseguida.

—Le espero, doctor, pero no se olvide del dinero.

Crawford colgó y sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor.

—Así que tu mujercita ha aparecido —dijo Martha.

—Sí, la encontró Henry en una cueva.

—¿Qué vas a hacer?

—No saldrá viva de allí.

Martha se echó a reír.

—Comprendo tu plan. Cargarás la culpa sobre Jim *el Carnicero*.

—Sí, nena, es nuestra oportunidad y no la podemos desaprovechar.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, es mejor que te quedes. Volveré enseguida.

—Suerte, querido —dijo Martha y lo besó en los labios.

Crawford viajó en su coche hasta Falconville.

Observó la montaña a la que Henry se refería. Efectivamente, por el lado oriental parecía las plumas de un piel roja.

Vio enseguida las cuevas. Había como media docena.

Por el agujero de la segunda salió Henry, que le hizo una señal

con el brazo.

Crawford miró el espejo retrovisor. Por el camino que había llegado no vio a nadie. Sacó el automóvil de la carretera y lo llevó hacia un barranco donde estaría oculto a las miradas curiosas. Luego abandonó el vehículo y emprendió la ascensión.

Llegó arriba jadeante y entró en la cueva.

Henry le sonrió. Tenía la mano derecha en el bolsillo y Edward apostó a que manejaba una pistola.

—¿Trajo el dinero, doctor?

—Sí.

Quiero ver su color.

Crawford extrajo de su cartera un gran fajo de billetes que alargó a Henry.

—Cuéntalos.

—Me fiaré de usted, doctor. Ahora, el talón.

—Tengo que rellenarlo.

—Muy bien, hágalo.

Crawford tuvo que calmarse otra vez. Sacó el talonario, la pluma estilográfica e hizo un giro por los tres mil dólares que restaban.

Henry contempló la firma del talón y sacudió éste para que se secase la tinta.

—¿Ya has terminado, Henry?

—Adelante, doctor, la función va a comenzar al momento.

—No me gustan esa clase de bromas, Henry.

El doctor se internó en la cueva.

Se encontró enseguida ante un círculo, iluminado por un enorme agujero que había en el techo, porque las rocas se habían derrumbado por allí a través de los años.

Vio una mujer apoyada en la pared. Estaba llena de polvo, escondida la cara entre los brazos. Otra mujer se encontraba de pie, una rubia de unos treinta años, muy esbelta y de curvas pronunciadas.

Se acercó a la mujer que estaba en el suelo.

—Glenda —dijo.

Ella volvió la cabeza.

Crawford retrocedió un paso al ver su cara. La piel estaba sucia, llena de un polvo amarillento, los ojos hundidos en las órbitas. Su blusa estaba destrozada a la altura del hombro derecho y su falda

no ofrecía mejor aspecto porque también estaba rota.

—Vete, Edward... Déjame morir en paz.

—Glenda..., ¿cómo es posible que te hayas quedado así en un par de días?

—¿Dos días?... No, no han pasado dos días.

—Sí, Glenda.

—Me quieres volver loca. Eso es lo que pretendes... Por eso me encerraste en tu sanatorio. Me escapé y llevo aquí más de una semana, en esta cueva... Sólo salgo de noche a buscar un poco de comida.

—No es posible...

—¿Qué no es posible?

—Te escapaste del hospital, pero Henry y Ray te encontraron.

—Sólo me ha encontrado Henry.

—Tú estabas en un teatro.

—¿De qué hablas?... Por favor, Ed, no sigas. Otra vez empiezas con lo mismo, inventando cosas, ¿crees que no lo sé?

Glenda se echó sobre las piedras, sollozando.

El doctor se volvió hacia Henry furioso.

—Explícame de una vez esto.

—Sí, doctor. Se lo explicaré. —Henry señaló a la joven con la barbilla—. Ella ha dicho la verdad.

—¿Cómo?

Sí, doctor, también a mí me costó creerlo, pero, después de verla un rato, comprendí que nosotros nos equivocamos... Es increíble que estas cosas pasen, que existan dos mujeres iguales...

—¡No me puede pasar a mí!

—¿Recuerda lo que decía la otra?... Que no era Glenda. Que ella era Virginia Dix... ¿No es para morirse de risa, doctor?... Ahora resulta que la chica del *strip-tease* tenía razón.

—Imbéciles.

—Eh, doctor, no está bien que diga eso.

—¿Cómo pudisteis cometer ese error?

—Usted también lo cometió; la vio con sus propios ojos, y era su marido. Es un poco chistoso que nos eche en cara habernos equivocado.

El doctor estaba pensando muy aprisa. En su mente confusa se fueron aclarando poco a poco las ideas. Sí, tenía una solución;

mataría a Glenda y haría desaparecer su cadáver hasta que le conviniese. Si la otra Glenda aparecía, la encerraría en el manicomio y, si Jim la mataba, todo estaba arreglado.

—Henry, ¿tienes ahí una pistola, verdad?

—Sí.

—Dámela.

—¿Para qué?

—¿No lo supones?

—Preferiría que lo hiciese con otra arma.

—No tengo otra, y eso está incluido en los cinco mil dólares. Vamos, dámela.

—Está bien, doctor. Se la daré, puesto que es usted quien va a apretar el gatillo...

Le alargó el arma, que Crawford atrapó con su diestra.

Glenda volvió otra vez la cabeza.

—¿Te has decidido ya, verdad, Edward?

—Lo siento, nena.

—No seas cínico. No lo sientes. Deseas mi muerte hace mucho tiempo. Por eso trataste de volverme loca y casi lo has conseguido... Sí, creo que mi cabeza ya no me rige... Estoy llena de miedo... Lo he estado durante todos estos días... Estaba aquí como un animal... Dejé de confiar en todo el mundo..., hasta en los policías. Por eso me quedé aquí, pero ya no lo puedo resistir más... Anda, Ed, dispara... ¿Qué estás esperando?

Aprieta el gatillo... Quiero morirme, ¿lo oyes...? ¡Quiero morir!

Sonó un disparo.

El doctor Crawford se tambaleó lanzando un gemido de dolor. La pistola cayó a sus pies mientras giraba hacia la entrada de la cueva.

El *sheriff* Kooller tenía un humeante revólver en la mano.

Detrás de él aparecieron Virginia y Elliot y otros dos agentes.

El doctor agrandó los ojos mirando a la joven que había confundido con Glenda y se derrumbó de rodillas en el suelo cuando el de la placa llegaba a su lado.

La verdadera Glenda sollozó otra vez cubriéndose la cara con las manos.

—Lo sabemos todo gracias a su amigo Elliot Blacker, señora —dijo el de la estrella.

El doctor alzó la cabeza. Había recibido el plomo en el pecho y un hilillo de sangre le resbalaba por la comisura de los labios.

Ya acabó todo —dijo el *sheriff*—, y gracias al cielo, felizmente. Por si le sirve de algo, Jim *el Carnicero*, fue atrapado en las cercanías de Sutton por el *sheriff* de aquella ciudad. Crawford puso los ojos en blanco y rodó, quedando muerto, boca arriba.

* * *

—¿Cómo está Glenda, Elliot? —preguntó Virginia Dix.

El abogado de Detroit contestó:

—Glenda se pondrá bien. He hablado con un buen psiquiatra. Todo está claro. La chica sufría una neurosis, pero su marido no le daba el tratamiento adecuado y procuraba agradarla.

Se acababan de encontrar en el bar donde se habían dado cita, y estaban sentados a una mesa.

—¿Qué vas a hacer ahora, Virginia?

—Buscaré trabajo en otra parte.

—Estaba pensando en que ese lugar podría ser Los Angeles.

—¿Por qué Los Angeles?

—Te puedo llevar como polizón, puesto que yo me dirijo allí.

—Tendré que pensarlo.

—Tienes cinco minutos.

La joven sólo dejó correr treinta segundos.

—Sí quiero —dijo.

Elliot frunció el entrecejo, se rascó una patilla y finalmente se echó a reír.

Virginia también rió.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).